20

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

SOBRE EL GÉNERO Y LA IDENTIDAD.

ASPECTOS FUNDAMENTALES PARA COMPRENDER LOS DEBATES EN TORNO AL SEXO, EL GÉNERO Y LA IDENTIDAD.

SILVIA MARTÍNEZ CANO

Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

SOBRE EL GÉNERO DE LA IDENTIDAD

ASPECTOS FUNDAMENTALES PARA COMPRENDER LOS DEBATES EN TORNO AL SEXO, EL GÉNERO Y LA IDENTIDAD

SILVIA MARTÍNEZ CANO

Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética

Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

COORDINADOR DE
"CUADERNOS DE ÉTICA EN CLAVE COTIDIANA"

— *Enrique Lluch Frechina.*
Profesor en la Universidad CEU Cardenal Herrera

CONSEJO ASESOR

— *Rafael Junquera de Estéfani*.
Facultad Derecho UNED (España).
— *Antonio Fuertes Ortiz de Urbina*.
Investigador médico (España).
— *Luis Mesa Castilla*.
Institución Juan XXIII de Granada (España).
— *Marta Iglesias López*.
Asociación para la Solidaridad (España).
— *P. José Samuel Torres Tangua*.
Rector de la Fundación Universitaria San Alfonso (Colombia).
— *José Luis Pareja*.
Director Centro Residencial para Personas Mayores Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

DIRECCIÓN – REDACCIÓN – ADMINISTRACIÓN

— *Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética*
C/ Félix Boix, 13
28036 Madrid (España)
www.funderetica.org | fundraising@funderetica.org

ISBN: 978-84-284-0851-6

DEPÓSITO LEGAL: M-25445-2022

ISSN: 2341-0388

ÍNDICE

1. Introducción 5

2. La complejidad del ser humano.
   Aclarando los conceptos 11

3. Modos de comprensión del género 31

4. Debates abiertos e implicaciones cotidianas 59

5. Algunas claves para el día a día 73

1. Introducción

Todos participamos en mayor o menor medida en el debate sobre la identidad femenina o masculina.

Todos participamos actualmente, con mayor o menor profundidad, en un complejo debate sobre cuestiones que tienen que ver con las identidades femeninas y masculinas. Hasta hace unas décadas no existía tal debate, pues vivíamos en sociedades que comprendían el fenómeno de la identidad en binomios cerrados —masculino/femenino— sin distinguir el sexo, el género y la identidad personal. El modelo social anterior al que nos encontramos se caracterizaba por ser homogéneo y entenderse como una sociedad donde todos sus ciudadanos tenían una misma cosmovisión de la vida, entendiendo la vida como un acontecimiento complejo que recoge aspectos intelectuales, sociales, religiosos, emocionales, corporales e identitarios. Estos aspectos se articulaban a través de una serie de creencias que se compartían socialmente. El modelo homogéneo y homogeneizante al que nos referimos, o también llamado por Peter Berger «sociedad no diferenciada», fue sometido por el pensamiento crítico de la modernidad a un intenso cuestionamiento. A consecuencia de ello se produjeron una serie de giros culturales y sociales que nos han llevado a un modelo social diferente. La diferencia radica en que el sistema de creencias o la cosmovisión personal ya no se comparten socialmente, al menos en su totalidad, sino que cada persona

Existen sistemas de referencia distintos en una misma sociedad.

configura su vida en relación a referencias vitales diferentes, que elige *aproximadamente*. Insisto en que la persona elige «aproximadamente» porque ninguno de nosotros estamos desligados de las circunstancias que nos rodean y éstas condicionan nuestra forma de ser, de pensar y de actuar. Podemos decir entonces que vivimos en una «sociedad diferenciada» —dice Berger— o sociedad plural dentro de una cierta liberad de elección, que pasa siempre por la capacidad que tenga la persona de ejercer su pensamiento crítico y someter lo que conoce a un proceso de autorreflexión. Esta autorreflexión le permite tomar decisiones en consecuencia, haciéndose también consciente de los límites de la misma.

La definición de persona tampoco es homogénea en estos momentos.

El cambio de modelo cultural que he descrito ha afectado también a la identidad del ser humano, pues ha supuesto una revisión de la definición de persona y de las implicaciones que tiene esto en la vida individual y social. Hoy no podemos definirnos solo como seres inteligentes y pensantes que dominan con la razón la naturaleza (Leibniz s. XVII), tampoco como autonomía y libertad (Kant s. XVIII), como voluntad (Fichte s. XIX), como acción (Marx s. XIX) o como conciencia de sí mismo existiendo (Heidegger s. XX). Tampoco nos podemos definir solo como seres en relación (Scheler, Buber s. XX), seres en proyecto (Ricoeur s. XX) o una corporeidad transcendente (Maritain s. XX). Todo ello es cierto, pero incompleto a la vez. Todos estos subrayados atraviesan un cuerpo que no es solo naturaleza biológica,

sino un conjunto de interacciones y somatismos que intervienen en el pensamiento, la voluntad, la praxis y la autorrepresentación que uno o una misma tiene y la autorrepresentación que se desarrolla en la relación con los demás. Este factor corporal, muy presente en el siglo XX tras las políticas feministas de la tercera ola (Simone de Beauvoir, Betty Friedan y Kate Miller entre 1960-1980) da un paso más en la definición de persona y, por lo tanto, en el debate sobre la identidad.

En las décadas de los 70 y los 80 del siglo pasado comienza a darse un debate sobre sexo, género e identidad.

Los años 70 y 80 del siglo pasado son fundamentales para comprender qué estamos viviendo hoy. Es el momento en el que diversas ciencias comienzan a tratar el debate sobre sexo, género e identidad. Los primeros estudios fueron las investigaciones feministas realizadas en el ámbito académico por disciplinas como la filosofía, la antropología o la sociología. Por otro lado, las ciencias médicas y la psicología abordaron situaciones biopsicológicas que antes se ignoraban o rechazaban, pues no encontraban lugar en los binomios masculino/femenino de la sociedad no diferenciada. El desarrollo de todos estos debates en las dos siguientes décadas (años 80 y 90) desembocó en una crítica profunda de las propias investigaciones feministas sobre la diversidad de identidades femeninas y masculinas. Aquí debemos contextualizar la deconstrucción del concepto de género que recoge Judith Butler en los años noventa y que debe ser bien analizada para entenderla correctamente. Esta autora pone en cuestión no solo el concepto de género, sino otro

La discusión sobre sexo, género e identidad ha pasado del plano académico a ámbitos sociales y políticos.

mucho más importante, que es la identidad personal. La discusión se ha extendido a otros campos más allá de los feminismos, generando un debate social muy intenso.

Tras el 8M español y la emergencia del #MeToo en 2018, esta discusión ya no se mueve solo en ámbitos académicos, sino que se ha ido trasladando a los medios de comunicación, a los ámbitos políticos y sociales, y también a los religiosos. Nos hemos acostumbrado a escuchar en ellos la expresión «ideología de género» tanto por grupos afines al feminismo como a otros que se sitúan en contra de toda pluralidad. Lo cierto es que muchas personas se preguntan qué significa esta expresión, qué pretende decir o defender, quién la usa y de qué manera. Su uso indiscriminado por unos y otros genera una confusión social difícil de aclarar.

En este texto pretendemos analizar, primero, cuál es la relación entre sexo, género e identidad, tal cual la podemos entender hoy. Comprender bien estos conceptos nos ayuda a situar los debates sobre ellos y las imprecisiones con las que frecuentemente hablamos de ellos. Pretendemos hacernos conscientes de su complejidad, no solo conceptual, sino la complejidad de sus relaciones y la dificultad del diálogo en un modelo de sociedad plural donde la dimensión intersubjetiva es determinante. Nuestro segundo objetivo es indagar en la procedencia y significado de la expresión «ideología de género»

en el ámbito social y sus relaciones con las categorías antes nombradas. Aquí es importante poder localizar cuáles son los objetivos del uso de esta expresión en los distintos ámbitos y grupos sociales y las estrategias que se derivan de estos usos. Pretendemos establecer una clasificación sencilla y novedosa de las perspectivas antropológicas que los grupos humanos asumen dentro de nuestras sociedades para localizar cuáles son los puntos de fricción del conflicto. Aclarar el concepto de «ideología de género» y sus usos semánticos es importante para depurar significados y colocar cada debate en su lugar. Este será nuestro tercer objetivo, describir los debates sociales actuales en torno al género y la identidad. Con ello podemos matizar los discursos que nos rodean y comprender cuál es su intención y cómo podemos dialogar con ellos. En los debates sobre sexo, género e identidad no existen los binomios, debemos acostumbrarnos a manejar los matices y las relaciones múltiples que se desarrollan en cada persona de una manera diferente. Con ello aceptamos la diversidad, condición propia de nuestra época histórica y nos esforzamos en pensar y sentir teniendo en cuenta esa diversidad. Esto supone por parte de la autora una toma de postura a favor del diálogo, inevitable, pero necesaria para el desarrollo del texto. Aceptar la diversidad no significa ponerse del lado de la laxitud (como hemos dicho en este debate no caben binomios). Significa que aceptamos el espacio diverso donde se quiere

El cuaderno pretende aclarar conceptos desde una apertura al diálogo entre posturas discrepantes.

iniciar un diálogo, más allá del juicio que posteriormente cada persona haga tras el debate.

Por último, queremos aclarar que el texto no pretende polemizar, sino situar los distintos contextos para estar preparados para un posible diálogo, sean cuales sean nuestras opiniones al respecto, favoreciendo la comprensión mutua y el deseo de encuentro y reconciliación, aunque siga habiendo discrepancias.

2. La complejidad del ser humano: aclarando conceptos

Cuando hablamos del género en las charlas cotidianas existe en muchos de nosotros cierta perplejidad por tanta terminología nueva vinculada a esta palabra. Para las generaciones nacidas antes del año 2000 esa perplejidad viene dada por la dificultad de comprender lo que está sucediendo hoy en torno al sexo y al género. Para las generaciones de este siglo la dificultad radica en ser capaces de distinguir entre sexo, género e identidad de una forma ordenada y coherente que les permita un cierto discurso propio. La pregunta que hay de fondo tras estos debates es la pregunta sobre el *yo*, es decir, la identidad más profunda de la persona, que está alojada no solo en el sexo biológico sino en una psique compleja como la humana y en un sistema social que contribuye intensamente a definir lo que somos.

Es importante distinguir entre sexo, género e identidad de una manera ordenada.

Para poder abordar la semántica de estos conceptos, necesitamos acudir a distintas disciplinas científicas que nos ayuden al menos a aclarar lo que entendemos por ellos y en qué campos semánticos se amplían para entender los matices de cada uno de ellos. Las primeras ciencias que se implicaron en esta categorización fueron la filosofía y la sociología en el terreno de las humanidades y la psicología y la medicina en el ámbito de las ciencias biológicas. Si bien comenzaron cada una en su espacio de conocimiento la últi-

ma década de descubrimientos ha revelado que la complejidad de los debates obliga a trabajar conjuntamente para lograr cierta comprensión de la situación. Y esta necesidad complejiza todavía más los debates pues sentimos la necesidad de categorizar las distintas situaciones en las que se puede encontrar la persona al pensar su identidad, pero a la vez, la misma categorización la limita y la somete. De nada sirve estudiar el psiquismo de la persona si no tenemos en cuenta el contexto social o cultural o prescindimos de los imaginarios del cuerpo en las relaciones sociales.

Toda categorización debe tener en cuenta el contexto social en la que se da.

Poseer una autorrepresentación en la que una persona se define como agénero, género no binario, género fluido o bigénero no impide que la sociedad imponga una categorización dual de género (masculino/femenino) y que se pueda producir un posible conflicto de rechazo de la autorrepresentación de la persona. Cuando sucede esto se vive una violencia que hace sufrir, pues no existe reconocimiento social, una necesidad básica para el ser humano. La violencia sobre la identidad de las personas es una violencia inadmisible, porque vulnera el derecho básico de la dignidad. No se puede acabar con este tipo de violencia sin reconocer el origen de la opresión e intervenir en sus causas para reducir el sufrimiento de las personas. Debemos describir, por tanto, las relaciones entre sexo, género e identidad, no sin antes definir algunos términos para evitar la falta de rigor y la confusión de los planos biológico y cultural, tan frecuente cuando no se recurre a estudios interdisciplinares.

Sexo

La primera descripción nos permite distinguir entre sexo y género, una de las primeras confusiones en la semántica de la reflexión filosófica, psicológica y social del pensamiento contemporáneo. La confusión no viene tanto por el significado de las palabras, sino por la forma de establecer relaciones entre ellas. El sexo hace referencia a la dotación genética que diferencia al ser humano en hombres (cromosomas XY) y mujeres (cromosomas XX) y se relaciona, de igual modo, con sus caracteres sexuales primarios y secundarios. Se define, entonces, por su diversificación genética que se expresa en características físicas en el cuerpo humano como los cromosomas, los órganos genitales externos e internos, algunas formas anatómicas diferenciadas (pecho, caderas…), los procesos hormonales fisiológicos (progesterona, testosterona…) o la organización cerebral (aunque esto no está demostrado). Al hacer referencia a las condiciones genéticas, biológicas y fisiológicas de la persona en el proceso de concepción y nacimiento, el sexo es un concepto biológico directamente relacionado con el proceso de diferenciación sexual. En la diferenciación sexual distinguimos dos sexos mayoritarios hembra y macho —hablando en porcentajes— y un sexo llamado en la actualidad intersexual o neutro. La medicina, que durante las primeras décadas de estudios hablaba de hermafroditismo, hoy define la intersexualidad como una diferenciación sexual no dimórfica. Los datos de la ONU

El sexo hace referencia a la dotación genética que diferencia al ser humano en hombres y mujeres.

consideran que existe entre un 0,05% y un 1,7% de la población que nace siendo intersexual (el dato superior del porcentaje es el mismo que el de la cantidad de personas pelirrojas). La intersexualidad se caracteriza por una combinación de características masculinas y femeninas tanto en su dotación cromosómica como en su expresión física. Tradicionalmente se ha identificado *sexo* con sexo biológico y con sexo asignado al nacer. La presencia de estados sexuales intermedios dificulta la asignación de sexo al recién nacido, que ya no es un hecho biológico sino un acto sociocultural fundamental para la persona. En España, por ejemplo, es obligatorio asignar el sexo de la persona en los primeros ocho días de vida para que conste en el registro civil y se constituya en ciudadano de pleno derecho.

Existen estados sexuales intermedios que dificultan la asignación de sexo a la persona recién nacida.

Encontramos aquí el primer matiz importante. El sexo está determinado biológicamente de forma muy clara, de manera que podríamos decir que constituye "lo no elegible". Pero el sexo biológico no define los sentimientos ni los rasgos personales que la persona debe tener, ni tampoco el comportamiento que debe asumir en una sociedad determinada ni la orientación sexual que le posibilita relacionarse con otros u otras. El hecho de asignar un sexo a una persona desde el nacimiento supone asumir por parte de la sociedad, y poco a poco por parte de la persona, el imaginario cultural que su entorno tiene sobre los sexos. No está demostrado científicamente, porque los estudios científicos no se ponen de acuerdo, que

exista un comportamiento sexuado diferenciado (o como vulgarmente hablamos en la calle: «los hombres son más…», «las mujeres se comportan…»). Tampoco es demostrable una diferenciación sexual «natural» en actividades intelectuales ni emocionales, ni en el ámbito interrelacional, laboral o social. El comportamiento humano, aunque enraizado en lo biológico y aceptando las diferencias fisiológicas y dimórficas cerebrales de macho, hembra e intersexual, es aprendido y reforzado desde los roles sociales que están en la cosmovisión social. Sin embargo, la socialización de la persona es fundamental para el crecimiento y desarrollo de la persona, por lo que no podemos prescindir de asignar sexo al recién nacido. Con esta asignación contribuimos a su integración en la vida, acompañándole socialmente y dándole un espacio de reconocimiento social, jurídico y, lo que es más importante, identitario. Lo cual no supone que este acompañamiento sea siempre el más adecuado.

El sexo está determinado biológicamente pero no determina las emociones ni los comportamientos.

Orientación sexual

No debemos confundir el sexo con la orientación sexual y la conducta sexual. La orientación sexual (heterosexualidad, bisexualidad, homosexualidad, asexualidad, pansexualidad, etc.) se entiende como la preferencia sexual sobre un sexo, aun cuando tiene una base biológica. Se trata de una preferencia que se va configurando a lo largo del tiempo de desarrollo de la persona,

influenciada por otros factores como la educación, los estereotipos, los factores culturales y el propio comportamiento elegido, pues siempre hay un margen amplio de libertad en el modo en que cada persona conforma su sexualidad. Pero esta conformación se da a lo largo de un proceso largo a la vez que se construye la identidad de género y la identidad integral de la persona de las que hablaremos a continuación. Los psicólogos afirman que la conciencia o percepción de pertenecer a un determinado sexo, suele ocurrir a los 2,5-3 años y suele coincidir con el descubrimiento del sexo anatómico. Sin embargo, la orientación sexual se desarrolla en la adolescencia, coincidiendo con la época en que se completa el desarrollo cerebral. La orientación sexual se reparte estadísticamente en España en preferencia heterosexual 93,6%, preferencia homosexual 2%, preferencia bisexual 2,3% y preferencia asexual 0,1% y otros 1,8% (datos extraídos del estudio del CIS sobre relaciones sociales y sexuales, mayo 2021).

La orientación sexual se desarrolla en la adolescencia influida por el sexo y otros factores sociales, culturales y personales.

La conducta sexual se define como el conjunto de comportamientos en torno a la vida sexual de la persona. Este comportamiento viene muy mediado por el imaginario colectivo de la cultura y la sociedad en la que vive la persona. La conducta sexual también tiene que ver con el género y las expectativas sociales que se derivan de éste.

Género

En 1949 Simone de Beauvoir afirmaba en su libro *El Segundo Sexo* que para comprender las dinámicas de identidad de la persona era imprescindible separar el comportamiento biológico de la construcción social y cultural que da estructura, socializa y refuerza esa identidad. De Beauvoir partía de una realidad: existe un conjunto de situaciones y patrones de comportamiento, profundamente arraigados en la historia y en la sociedad que conforman una estructura de diferencia y discriminación para una parte de la humanidad, las mujeres. Lo importante de esta afirmación es la constatación que el yo personal, su identidad individual, nunca es independiente de la realidad en la que habita y le acompaña a lo largo de toda su vida. A este conjunto de estructuras socializantes es a lo que llamamos género.

Denominamos género a las estructuras socializantes ligadas al sexo en cada cultura.

La palabra *género* proviene del inglés *gender*, en el que tiene un significado único referido a la diferencia de individuos sexuados en un lugar social. Sin embargo, en el ámbito hispanoparlante género es un término polisémico que puede significar especie, tipo o clase a la que pertenece algo o alguien, el conjunto de personas con el mismo sexo (masculino/femenino), la manera de hacer o ejecutar algo, o también una mercancía, en especial de tejidos o una categoría gramatical de sustantivos y pronombres. Los múltiples usos de la palabra hacen bastante confusa la comprensión del concepto género en el idioma español y difi-

culta la discusión de nuestra problemática. Mientras que en inglés *gender* se mueve en el ámbito de la diferenciación «natural» de sexos, en español se mueve en el ámbito «gramatical» de distinción de personas, animales y cosas.

La categoría de género es, como hemos visto, una categoría relativamente moderna. En 1955 John Money, médico en el Hospital Johns Hopkins de Baltimore (EE.UU.), comenzó a utilizar este concepto diferenciado del término sexo para poder comprender los casos médicos que atendía con circunstancias contradictorias. De esta manera, aplicaba a la ciencia médica lo que Simone de Beauvoir y otras feministas ya habían dicho en sus discursos. Diferenciar sexo y género le permitió estudiar el proceso de conformación de la identidad sexual en relación con el sexo estudiando a personas con hermafroditismo. La categoría de género pasó a formar parte de los análisis de otras ciencias, especialmente de la psicología y la sociología, donde también se estudian los aspectos relativos a la identidad de la persona y la influencia de la sociedad. Se había creado una nueva herramienta de análisis social. Las investigadoras feministas de los años 70 consideraron que el término «género» expresaba las diferencias sociales que se imponían a los sexos mejor que el término «diferencia sexual», que hasta entonces se utilizaba para la explicación de la construcción identitaria personal y cultural en su dimensión consciente y subconsciente. Los sentimientos, sexualidad, roles, pensamientos, actitudes, ten-

El género viene condicionado por factores socio-culturales.

dencias y creencias estaban ligados al sexo de la persona, pero no dependían del todo de los factores biológicos, sino que quedaban afectados también por los condicionantes socio-culturales que educaban y construían a la persona. Este descubrimiento se fue generalizando para las investigaciones sociológicas en general. Actualmente la categoría género tiene el mismo valor investigativo que las categorías de clase, raza o geografía.

El género, tanto en sociedades tradicionales no diferenciadas como en modernas plurales**,** establece relaciones que tienen base cultural a través de las actividades sociales, favoreciendo determinados desarrollos psicológicos en cada individuo dependiendo de su condición sexual y situándolos en un estatus social determinado. De esta manera, se produce una relación entre la biología del cuerpo y la identidad personal, a través de dos niveles de socialización. Una socialización primaria en la familia, que tiene que ver con los primeros años de vida y la influencia de la cultura familiar y una socialización secundaria que se produce en el ámbito de las relaciones en la educación, en el grupo de iguales y en el ámbito de lo social (redes sociales, actividades y experiencias culturales, etc.). La influencia de este segundo nivel produce una redefinición de la identidad personal que se ha ido formando al amparo de la socialización primaria. Aunque hablemos de una socialización secundaria no quiere decir que sea menos influyente. En la actualidad la desaparición de la frontera entre lo privado y lo político hace que la

Determinar la frontera entre sexo y condicionamiento social es una de las cuestiones más debatidas.

socialización secundaria tenga un protagonismo igual o mayor que la primaria.

Esta es una de las cuestiones más debatidas en materia de sexo, género e identidad, es decir, determinar cuál es la frontera entre el sexo y el condicionamiento social y en qué medida o en qué situaciones lo biológico supera a lo social o lo social redefine lo biológico. Esta pregunta es, hoy, imposible de responder. Quizá no es la pregunta correcta que hacernos. En realidad, no podemos hablar de fronteras entre sexo y género, pues estaríamos presuponiendo que estamos constituidos por distintas "piezas" que suman un "todo". Sexo y género se dan a la vez en la persona desde el momento de su nacimiento. Algunos estudios dicen que incluso antes, y que la conexión es tan fuerte que se hace casi imposible su diferenciación. Lo importante es recordar que la persona es un organismo complejo, un todo que integra lo biológico y lo social en un yo único que merece ser respetado en su singularidad.

Hay que diferenciar entre género e identidad de género para distinguir entre las condiciones ambientales y las opciones propias.

Debemos distinguir entre género e identidad de género. El género son las condiciones sociales en las que la persona se va construyendo. La identidad de género conlleva además una acción personal, se forja entre aquello que uno experimenta, desea y reconoce como lo propio normativo y aquello que la sociedad le asigna como normativo o correcto. Sin embargo, la primera normatividad es la social, cuando a partir del nacimiento, cuando se asigna un sexo, se comienza a reconocer y tra-

tar a la persona de una manera concreta. Esta es la primera definición de género. En realidad, es una asignación y es inevitable, en el sentido de que la persona nace en un contexto social que la acoge y tiene su propio imaginario cultural. Posteriormente, la persona vivirá otros dos momentos de redefinición de su identidad de género, en la primera infancia (coincidente con el descubrimiento del sexo anatómico) y en la adolescencia. Sexo y género son inseparables en todo el proceso.

Cuando nos referimos a la identidad de género en la actualidad emerge ante nosotros un amplio vocabulario de palabras relacionadas que antes no existían. Así, hablamos de

- Cisgénero o persona que experimenta congruencia entre su sexo biológico y la propia identidad de género (masculino o femenino).
- Transgénero o persona que se identifica con el sexo contrario su cuerpo biológico.
- Agénero/queer o persona que no se identifica con ninguno de los géneros binarios (masculino/femenino).
- Bigénero o persona que puede definirse dentro de los dos géneros, masculino y femenino.
- Género fluido o persona cuya identidad oscila entre lo masculino y lo femenino sin fijarse en ningún punto de esa oscilación.
- Pangénero o persona que puede identificarse con cualquiera de los géneros o con todos ellos a la vez.

- Andrógino o persona que se identifica con una mezcla de distintos grados entre el hombre y la mujer.
- Intergénero o persona intersexual que se sitúa en un punto intermedio entre el género masculino y el femenino.
- Y otros… (Facebook distingue hasta 71)

Hay personas que se identifican de distintas maneras ante el género.

Categorizar las distintas formas de definir el género nos ayuda a darnos cuenta de la flexibilidad de las vivencias y formas de sentir de la persona y la importancia de tomarse en serio la relación entre sexo y género. No se trata de emitir un juicio sobre esta diversidad, sino darnos cuenta de que existe y con ello, favorecer en nosotros una comprensión mejor del "tú" que tenemos enfrente.

Puede suceder que la persona experimente una incongruencia entre la identidad deseada y experimentada y el cuerpo que tiene de facto. Esta incongruencia, viene acompañada, además, de una segunda incongruencia con la identidad de género asignada y una incapacidad para abordar con claridad el proceso de definición de la identidad con la que desea comprometerse. A esta situación la llamamos *Disforia de género*, es decir, la experimentación de un malestar existente, y frecuentemente doloroso, entre la identidad de género y el cuerpo que se habita. La disforia de género, frente a la dualidad cisgénero (masculino/femenino), ha sufrido variaciones a lo largo de su breve devenir histórico. La primera vez que se le nombra fue con el nombre de transexualidad por Magnus Hirschfeld (1923) y avalado por

Harry Benjamin, padre de los estudios sobre el transexualismo, en 1953. También se le llamó *Desorden de identidad de Género* (DIG) por el ya nombrado John Money. Todos coinciden en que existe un malestar de la persona al observar que sus caracteres sexuales no se corresponden con su vivencia interna. Esta situación no es escogida ni elegida por la persona. Es una realidad que no se comprende y produce estrés e incapacidad de responder con claridad a la pregunta sobre quién soy yo. La situación pone a la persona en una situación de fragilidad y sufrimiento no deseado pero real. La disforia se manifiesta en los dos momentos ya nombrados (primera infancia y adolescencia). Se debe distinguir entre ellos pues, en la primera infancia, con el tiempo, se reducen drásticamente. En la adolescencia, las tasas de persistencia son muy elevadas. La disforia se da en España en un hombre por cada 10.000 (transexuales femeninos THM) y en una mujer por cada 48.000 (transexuales masculinos TMH) aunque muchos casos no emergen. Cada caso es un mundo y requiere tiempo, acompañamiento profesional y acompañamiento familiar. Actualmente y tras los últimos debates sobre la ley de transexualidad, esta problemática ha sido muy visible en los foros públicos. Abordaremos los matices en capítulos posteriores.

La disforia de género es un malestar intenso ante el propio cuerpo.

Identidad

Ya hemos dicho que sexo y género contribuyen profundamente en la construcción de la identidad

de la persona. Somos un cuerpo habitado, *consciente* y *sintiente* que es interpelado a cada momento por una cultura que posee una comprensión del mundo. La *identidad personal*, hace referencia a la autocomprensión del sujeto que tiene sobre sí mismo, en diálogo con el sexo y con el género. Este rasgo del ser humano no se sustenta en una esencia inmutable, sino que remite a una estructura entitativa estable, dinámica y creativa, ya que se construye y se vive no en el aislamiento personal, sino en la interacción con los otros miembros del grupo humano al que se pertenece y en un medio concreto. No debemos confundirla con la *identidad de género*, pues el ser humano es mucho más complejo y la identidad queda afectada por muchos factores que tienen que ver con las necesidades, las expectativas o las experiencias. La identidad personal establece un diálogo entre el yo, los otros y el entorno donde entra en juego la aceptación o el rechazo de lo que los otros y el entorno nos ofrecen a veces de forma flexible y otras veces presionando: qué sentir, qué pensar y qué hacer. Este flujo de aceptaciones y rechazos es lo que llamamos socialización. La identidad personal socializada, es decir, incorporada al grupo, se va adquiriendo a lo largo de la niñez, pero especialmente en la adolescencia y juventud. No se reduce a una orientación sexual, es decir, el sexo hacia el que la persona se siente atraída desde lo afectivo, lo romántico y lo sexual. Tampoco se reduce a una identidad de género, es decir, la conciencia de pertenencia de la persona al género

La identidad personal establece un diálogo entre el yo, los otros y el entorno.

masculino o al femenino. La identidad personal articula todo lo anterior junto con las expectativas sociales y culturales que se tienen sobre la persona, estableciendo un diálogo más o menos ordenado que produce una conciencia personal integral identitaria. Cada persona es una *completud* en sí misma, pero en íntima relación con los demás. Ser persona exige la presencia y la relación con los otros.

Muchos de los sociólogos y antropólogos que abordan el tema de la identidad coinciden en la necesidad de construir, para poderlo usar en sus investigaciones, un modelo teórico en el que se consiga una síntesis de la dimensión individual y social de la identidad. El modelo dual (masculino/femenino y sus implicaciones en la vida social) que utilizamos en la actualidad ya no nos es útil para comprender la complejidad del ser humano, tampoco para una sociedad democrática y equitativa. Lo deseable sería una visión más integral, que aúne la dimensión intrapersonal (la identidad personal y la propia búsqueda de sentido) con la dimensión interpersonal (las relaciones con los otros y nuestra capacidad de encuentro y consenso en las distintas culturas) y la dimensión cósmica (la capacidad de interacción con el medio y el intercambio ecosocial).

Precisamos una visión amplia que integre las dimensiones intra e interperosnales y la cósmica.

La construcción de la identidad personal es un proceso a lo largo de la vida, pues siempre estamos en constante interacción. Pero es en la infancia y en la juventud donde el desarrollo integral es más

intenso. La persona debe descubrir e integrar tres identidades que aparecen en momentos determinados del desarrollo de la persona pero que luego discurrirán en conjunto. La primera en el tiempo es la identidad de sexo, la segunda, la identidad de género y la tercera la identidad sexual. Pero puede suceder que en proceso de desarrollo integral se produzcan ciertos malestares. Dentro del concepto de sexo ya hemos distinguido entre sexo biológico y sexo asignado. Y, de igual modo, hemos explicado los tres modos de expresarse del sexo: hombre, mujer e intersexualidad. También hemos explicado que la orientación sexual establece un diálogo con el sexo y el género y las expectativas sociales que se derivan de ellos. En la identidad personal se pone en juego la concepción que cada persona tiene de sí misma y el modo en que se vive y se siente vivir con otras personas. La pregunta que debe responder es ¿quién soy yo en relación a los demás? La identidad personal no es solo una búsqueda individual, sino también una tarea social, pues nos construimos en relación con los demás: en el amor, la muerte, la amistad, la responsabilidad, los derechos y obligaciones, el reconocimiento, la reconciliación, la sanación, etc. Tenemos, como decía Hannah Arendt, una identidad narrativa, esto es, la posibilidad de responder a la pregunta de quién soy yo desde la narración de una vida donde integramos todos los aspectos que nos afectan y nos hacen ser quienes somos en realidad.

La identidad personal se construye a lo largo de la vida y nos permite relacionarnos con los demás.

En la identidad de la persona influyen de manera muy notoria los roles o *estereotipos de*

En nuestra identidad influyen los roles o estereotipos de género.

género, que aluden al comportamiento de la persona impuesto por la cultura y la sociedad en la que se desenvuelve. Tanto las sociedades tradicionales no diferenciadas como las modernas plurales utilizan sus categorías (sexo, género, identidad) para configurar el papel social de las personas. Ese papel social se conforma en estereotipos sobre las identidades masculinas y femeninas. Relacionando sexo y género se pueden desarrollar una serie de cualidades que históricamente han sido consideradas como cualidades femeninas (abnegación, generosidad, renuncia, pasividad) y otras masculinas (fuerza, autoridad, autonomía, acción). Estas cualidades se destinan a mujeres y hombres de forma inconsciente dentro de las dinámicas de la memoria colectiva y socializaciones primaria y secundaria. Hay ocasiones en las que la relación sexo/género de los estereotipos puede producir un malestar y derivar en una reivindicación de la ruptura de roles destinados a un género u otro, dejando en libertad a la persona para elegir su papel en la sociedad. Es en esta aceptación, rechazo o diálogo con las identidades donde se va conformando las identidades de las personas que forman las sociedades plurales, que son aquellas que aceptan la diversidad de sus miembros flexibilizando los estereotipos. La diversidad de identidades supone la convivencia de distintas perspectivas antropológicas en un mismo entorno social. Esta convivencia puede ser más o menos dialogante o más o menos conflictiva. La conflictividad o diálogo dependerá de lo

Flexibilizar los estereotipos permite reducir la conflictividad entre identidades.

dispuesta que esté la ciudadanía a debatir desde una actitud de apertura y respeto.

Aunque en estos debates el punto de partida es, en muchas ocasiones, la perplejidad ante la diversidad de género, el gran problema que subyace es la dificultad de muchas personas de descubrir cuál es su identidad personal en el contexto complejo del hoy. Los adultos carecen de herramientas de expresión de esta complejidad y los jóvenes carecen de herramientas para realizar el proceso de descubrimiento.

El proceso de descubrimiento de la propia identidad debe tener en cuenta una gran diversidad de factores que complejiza las búsquedas: biológico, social, histórico, familiar, biográfico, incluso estético, en cuanto imitación y transgresión. Este proceso no es una autodeterminación, sino un diálogo interno en el que la persona pone en juego elementos conscientes y otros inconscientes a través de la adquisición de una simbólica (un lenguaje que performa) y un imaginario (una serie de identificaciones). La identidad en construcción dialogará con la sociedad, la familia y la expresión pública de todo ello después. Sin duda, la familia es la primera forjadora de la identidad personal.

El proceso identitario dialoga con la sociedad y con la familia.

Sexo, género e identidad conforman un tejido complejo que sostiene y construye a la persona. No obstante, necesitamos categorizar y definir ciertas situaciones para comprender bien la complejidad de las relaciones. El estudio de la

diferenciación sexual actual pone de manifiesto la enorme plasticidad y flexibilidad de la sexualidad humana y sus importantes aportes a la identidad. Acercarnos sin miedo a los procesos biológicos y sociológicos de adquisición de identidad nos ayuda a comprender la diversidad humana y su riqueza. De esta manera aprendemos a categorizar y dar nombre a una situación novedosa en la historia de la humanidad, al tiempo que apreciamos los matices que, con toda seguridad, seguirán surgiendo con el tiempo. Estar atentos a este ejercicio de observación nos permite redefinir distintas cuestiones con más herramientas. Lo importante es estar abierto o abierta al diálogo. La categorización también nos ayuda a tomarnos en serio estas problemáticas y cuidar nuestra forma de abordarlas, ya sea en ámbito académico como en la vida cotidiana. No se trata de un tema superficial, y por lo tanto requiere precisión y respeto.

3. Modos de comprensión del género y la construcción de la identidad

Una vez expuestas unas nociones básicas sobre sexo, género e identidad, queremos transitar de la perspectiva psicomédica y antropológica a una perspectiva filosófica y político-social. Si bien el género se asigna a las personas, en principio, al nacer, la identidad personal (donde queda incluida la de género) se construye y transmite a través de la socialización a lo largo de la vida. En esta perspectiva tendremos en cuenta la percepción sobre el debate del género y las narrativas sobre la identidad que surgen de las distintas percepciones que se desarrollan. La rigidez de las identidades de género (femenino/masculino) de otras épocas choca con el paradigma pluralista cultural de nuestra época. La filósofa Judith Butler afirma que tener una identidad es algo que las personas necesitan para vivir, pero que es una identidad que nunca está del todo definida, sino que constantemente se «performa» o se construye a lo largo de la vida de las personas. La identidad de una persona cuando tiene dos años no es la misma que cuando comienza a hacerse preguntas sobre su cuerpo y su sexualidad o cuando posee una larga experiencia que le hace cuestionarse determinadas perspectivas que en otros tiempos asumió sin preguntarse. En principio la perspectiva psicomédica corrobora esta afirmación en los estadios de desarrollo de la persona incidiendo

La identidad se construye a lo largo de la vida y va variando.

en esta complejidad procesual. La presencia del elemento relacional en el descubrimiento de la identidad personal es de enorme importancia. Y es evidente que, aunque una identidad personal se haya consolidado en su mayor parte tras pasar los procesos de desarrollo humano de la infancia y la juventud, la flexibilidad y permeabilidad de la vida hoy puede ponernos en situaciones en las que nuestra identidad de nuevo se vea cuestionada y en búsqueda.

Las narrativas sobre la identidad y el género influyen en la construcción de la identidad.

En la construcción de la identidad va a influir notoriamente el conocimiento de distintas narrativas sobre la identidad y el género. Cada narrativa posee una simbólica y un imaginario propio. Ambos elementos influyen decisivamente en la forma de percibirnos y percibir a los otros y otras. La identidad que se está construyendo entra en diálogo y otras veces en conflicto con las narrativas que recibe de distintos grupos humanos que cohabitan un mismo espacio social. A veces en el conflicto se apela a una supuesta «ideología de género» como punto de partida de las discrepancias en cuanto a las identidades personales. Vamos a analizar un poco esta expresión.

La expresión *ideología de género*

La «ideología de género» es una expresión que surge en la recepción o rechazo de los debates sobre género a finales del siglo XX. En esa época, se inicia una tendencia hacia el extremismo de distintos movimientos e instituciones que se posi-

cionan frente a los debates emergentes sobre el género. La expresión aparece por primera vez en abril de 1998 en un documento de la Conferencia Episcopal Peruana titulado «La ideología de género, sus peligros y alcances». En este documento se denunciaba la existencia de una ideología de género que promovía que las diferencias entre el varón y la mujer, «fuera de las diferencias anatómicas, no corresponden a una naturaleza». Es decir, según los obispos peruanos, el género era un constructo ideológico y no una realidad psicosocial. El documento acusaba directamente al feminismo como causante de la abolición de la naturaleza humana y la destrucción de la familia, espacio natural de las mujeres al que estaban destinadas por su naturaleza biológica. A partir de este documento, la expresión se ha hecho común en grupos religiosos y no religiosos que comparten la percepción de que el género no existe. Con ello niegan la existencia de la interacción sociológica en la sexualidad humana y rechazan su influencia en la intersección con otras categorías de análisis social como pueden ser la pobreza, la geografía o la raza.

Una posición extrema niega la existencia de una interacción sociológica en la sexualidad humana.

La ambigüedad en el uso de la expresión, y la difícil frontera entre sexo y género, nos obliga a precisar qué entendemos por «ideología» y cómo la imprecisión de su utilización en los debates y en distintos ámbitos de la vida social, mediatiza el discurso político y religioso y la praxis que se deriva de ellos.

La palabra «ideología» se puede definir como un sistema de creencias sobre la naturaleza humana, es decir, una visión antropológica de la persona que afecta, primero, a la manera de comprenderse como seres humanos, y después a las formas de organizarse y comportarse socialmente. Paul Ricoeur afirma que la ideología forma parte del fenómeno social en cuanto que la realidad tiene una estructura simbólica e implica interpretación, imágenes, representaciones y aplicaciones sociales. Es decir, la ideología conlleva una simbólica y un imaginario. La asunción de la ideología provoca emociones, sentimientos y comportamientos que se desarrollan de acuerdo con ese sistema, describiendo modos de actuar en una comunidad humana concreta. Entonces, estamos hablando de un sistema mucho más complejo, un sistema de creencias conscientes e inconscientes que se estructuran generando una compleja red de significados con los que cada persona se guía (consciente o inconscientemente) para sentir, pensar y actuar. Hemos subrayado el hecho de que son creencias conscientes o inconscientes, pues no siempre nos hacemos cargo de las motivaciones que impulsan nuestros sentimientos, pensamientos o acciones. Para ello necesitamos distanciarnos de ellos y verbalizar nuestras motivaciones, y no siempre es posible. Los sistemas de creencias o cosmologías se articulan en un nivel no consciente, a través de una «mentalidad» expresada a través de narraciones y éstas son asimiladas de forma imitativa e inconsciente. Son narraciones míticas que no

Una ideología es un sistema de creencias conscientes e inconscientes.

entran a juicio, las damos por obvias porque son «materia de nuestra vida, la de nuestro cuerpo y de nuestro ambiente» según Joseph Campbell. La ideología abarca toda la vida, es una mirada hacia el mundo. Por lo tanto, la expresión «ideología» se nos torna compleja para una comprensión del mundo en el siglo XXI.

Sin embargo, el significado de la palabra ideología puede ser más reducido, de hecho, es el que más usamos en el lenguaje cotidiano. Es frecuente que entendamos la palabra «ideología» como una serie de máximas o afirmaciones conscientes acerca de un pensamiento social, político, etc. En este caso usamos de forma reducida la palabra ideología, dirigida hacia un solo ámbito de la vida y centrada en los discursos orales o escritos. Aquí encontramos la primera dificultad para comprender el significado de la expresión: ideología se puede comprender en términos de globalidad o solo centrada en un aspecto vital concreto. La ambigüedad y ligereza con que se utiliza la palabra ideología nos obliga a detenernos cuando comenzamos un debate para aclarar si estamos describiendo un sistema de creencias global del mundo o nos referimos a una serie Çde afirmaciones, por ejemplo, políticas, sobre un determinado aspecto social. Cuando la conferencia episcopal peruana nombra la ideología de género no queda claro a que afección se refiere, pues mezcla las cuestiones psicomédicas con las sociopolíticas, y traslada lo biológico-afectivo a lo sociopolítico

Hablar de ideología de género es simplificar y reducir el debate.

(por ejemplo, «el género es el causante de la destrucción de la familia»). Al añadir el adjetivo «de género» a la palabra «ideología» lo que hacemos es subrayar la diferencia sexual como marco principal de comprensión de la realidad y desplazamos el verdadero centro del debate que es la identidad humana. Desde ahí, ordenamos la simbólica y el imaginario del sistema de creencias. Hablar de ideología de género es un reduccionismo que deberíamos evitar, pues sustraemos sus relaciones con lo biológico, lo psicológico, lo relacional y lo social, convirtiéndolo en un constructo artificial. Por el contrario, es recomendable matizar lo más posible los elementos transversales que acompañan a la construcción de la identidad de la persona y a su mirada sobre el mundo, ya que la identidad personal no se reduce solo al género, como hemos visto en líneas anteriores. La mirada sobre el mundo está atravesada por la complejidad de la naturaleza y las sociedades. En este texto y para no generar más confusión, no hablaremos de ideología y sí de sistema global de creencias conscientes e inconscientes (o cosmología) partiendo de la definición de Ricoeur.

La segunda dificultad que encontramos en la comprensión del significado de la expresión *ideología de género* es su ubicación en la convivencia social con respecto a otros posicionamientos. En un mundo pluralizado, se da la situación de que en un mismo entorno (ciudad, barrio, familia…) pueden convivir a la vez

distintos sistemas de creencias. Cada persona tiene su propia cosmovisión de la realidad, que va a variar en función de los cambios que sufren círculos de relaciones (familia, trabajo, amistades, ocio, etc.) en los que se mueve. Cuantos más círculos sociales, más posibilidad de interaccionar con distintos sistemas de creencias. La comprensión del género no está separada al resto de relatos de dicho sistema, se adhiere a los otros relatos y se entrelazan formando un corpus integral de creencias. En sociedades pre-modernas, que fueron tradicionalmente de estilo patriarcal, los componentes culturales, sociales, económicos y religiosos se mantenían unidos en un modelo social único jerarquizado y homogeneizado, sin posibilidad de divergencias en la práctica social de sus miembros. Era imposible la convivencia de más de un sistema de creencias en una misma sociedad[1]. El modelo pluralista de nuestras sociedades admite la convivencia de muchos sistemas de creencias en un mismo entorno y esta situación puede desencadenar un proceso de diálogo más o menos fluido con otras cosmovisiones o producir una creciente tensión entre sistemas de creencias

La sociedad pluralista admite la convivencia de muchos sistemas de creencias en un mismo entorno.

1 Nos referimos a los modelos sociales no diferenciados donde todos los componentes culturales, sociales, económicos y religiosos se mantienen unidos en un modelo social único. Estos modelos son modelos pre-modernos anteriores al modelo diferenciado de la pluralidad actual. Los modelos pre-modernos son generalmente modelos sociales patriarcales. Cfr. Peter Berger, *Una gloria lejana* (Barcelona: Herder, 1994); Peter Berger y Samuel Huntington, *Globalizaciones múltiples: la diversidad cultural en el mundo contemporáneo* (Madrid: Paidós Ibérica, 2002).

generándose enfrentamientos sociales. Las tensiones entre sistemas de creencias pueden darse en el espacio de las ideas, de las emociones y de los comportamientos, y todo ello afecta a las relaciones sociales y religiosas. Cuando se utiliza la expresión *ideología de género* se apuesta por el enfrentamiento y no por el diálogo, pues lo que se pretende es enjuiciar previamente a otros sistemas de creencias diferentes al propio para monopolizar el debate social. Cuando se apuesta por el diálogo se buscan puntos de consenso y encuentro que permitan comprender cuál es la cosmovisión del otro y cómo realmente se entiende a sí mismo.

Todos estamos constituidos por creencias.

Ya hemos dicho que todos los sistemas de creencias tienen su propia comprensión del género. En la medida que nos situamos en las creencias de un sistema u otro, estamos participando en una comprensión de género específica, de forma personal y de forma comunitaria. Todos estamos constituidos por creencias. Lo importante es hacerse consciente de ellas y ser capaz de analizarlas para poder dialogar con otros sobre las suyas. Las tensiones entre formas de entender el género son no solo el reflejo de la diversidad de comprensión de la antropología humana, sino de la pluralidad de miradas sobre el mundo y las sociedades. Por ejemplo, si creo, consciente o inconscientemente, en una diferencia sexual dual, restrictiva y segregada, esto me llevará a defender un modelo social y laboral donde la vida está organizada desde el sexo, la autoridad y la clase social de las personas.

Por el contrario, si comprendo la realidad como un todo complejo donde los matices que aporta cada ser vivo o individuo son importantes, tendré una visión del género más flexible y menos estereotipada que me permite acoger esos matices en sociedad. En los sistemas de creencias las relaciones sexo/clase/economía son determinantes a la hora de construir la comprensión de la realidad.

En el debate sobre la erróneamente llamada *ideología de género* parece que se nos representa una escenografía social donde solo es posible dos posicionamientos: en contra del género y a favor del género. Es importante señalar que el debate es mucho más complejo y que estos posicionamientos solo son defendidos por grupos minoritarios y radicales que encuentran en esta lucha un sentido identitario grupal muy poderoso. Esto es lo que algunos sociólogos han querido denominar las *políticas de identidad*, es decir, grupos de población que se reconocen como colectivo en una serie de máximas y en una simbólica y que aportan al individuo una pertenencia, una seguridad grupal y un sentido vital o misión en sociedad. Cuando el colectivo es muy cerrado en sí mismo y afirma que su mirada sobre la realidad es la verdadera, entonces renuncia al diálogo social y elige el enfrentamiento como forma de expresarse socialmente. Estas dinámicas identitarias y no dialogantes se dan de la misma manera en grupos a favor y en contra del género.

El debate sin matices contrapone dos polos: en contra y a favor del género.

Peter Berger lo explica de otra manera. Afirma

que existen grupos humanos que se posicionan en un «atrincheramiento cognitivo», es decir, grupos que, ante los cambios culturales del pluralismo optan por conservar el modelo antropológico heredado —el tradicionalmente patriarcal y dual que se da hasta la época de la modernidad—, resistiéndose con mayor o menor beligerancia a los cambios culturales. Aunque Berger lo aplica específicamente al estudio de lo religioso, lo cierto es que es extensible a todo el sistema de creencias. El grupo se atrinchera en sus prácticas, pensamientos y sentimientos, defendiéndose del entorno. Aquellos que eligen una postura de «atrincheramiento cognitivo reconquistador» pretenden no solo conservar la comprensión del ser humano pre-moderna, sino que pretenden recuperarla para el total de la sociedad con la intención de volver a la situación «pre-plural». Esto deriva en un uso peyorativo del significado inicial de la palabra «ideología», considerando que tener ideología es malo. El uso despectivo de la palabra tiene la intención de acusar a la ideología de servirse del discurso de control social para intereses egoístas y manipuladores en lugar de buscar el bien común. Esta actitud se vale de un talante dogmático e intolerante que no permite modificar las premisas iniciales de lo que se cree. A ello se añade una autoconciencia como grupo social de sentirse superior a otros grupos y otras visiones y un deseo de imposición violenta (no siempre física) de sus propios planteamientos. El grupo reconquistador se auto-considera «luz» para la

Quienes están en los dos polos se atrincheran en sus ideas atacando y defendiéndose de los otros.

sociedad y promueve, propaga y adoctrina para aumentar su influencia, en muchas ocasiones con discursos altamente agresivos. Por último, se acusa a la *ideología,* que es representada como un monstruo al que hay que combatir, de no ser crítica consigo misma ante sus propias incoherencias o fracasos. Sucede sorprendentemente que aquellos grupos que defienden el pluralismo más radical e individidualizante (los acusados de *ideología de género*) adoptan también un «atrincheramiento cognitivo» en este caso «conquistador», es decir, consideran que la única opción social posible es la individualización radical, abusando de la misma manera que los anteriores del talante dogmático e intolerante en sus acciones. Se consideran conquistadores para una sociedad mejor a través de una imposición violenta. La reconquista y la conquista se deben entender como el deseo de imposición de la propia verdad sin concesiones. Reconquista y conquista, aquí, convergen en el mismo modelo antidialogal.

Ambos grupos reduccionistas se atrincheran en sus posiciones opuestas.

Es interesante constatar que los grupos sociales que hacen uso peyorativo de la palabra *ideología* y acusan a otros de beligerantes y radicales, adolecen de las mismas características a las que se oponen y señalan en otros grupos sociales. Lo que contemplamos en un mismo estilo de afrontamiento del mundo ya sea asumiendo la diversidad o negándola. Por ejemplo, el enfrentamiento público entre Vox y Femen no es sino una representación de grupos (re)conquistadores que comparten un mismo modelo de colectividad. Tanto

Los grupos radicales asumen una realidad y quieren imponer a los demás su verdad.

en Vox como en Femen se articula: una identificación grupal, una asunción de una verdad, una percepción negativa de la realidad, y un deseo (re)conquistador. Son colectivos que se sienten incapaces de tolerar la diversidad y establecer un diálogo con otras perspectivas antropológicas.

Se trata de un conflicto entre grupos radicales y no tanto del conjunto de la sociedad, pero el ruido mediático afecta a muchas otras personas que se sienten perplejas ante un debate para el que poseen pocas herramientas de análisis. Sucede también que el enfrentamiento entre estos grupos, que son socialmente reducidos, eclipsa otras posturas intermedias más moderadas, a los que Berger llama «negociadores» o José Gómez Caffarena «hermenéuticos», grupos que buscan puntos de encuentro y diálogo. Dado que la intención de los grupos «reconquistadores» es la defensa de valores de máximos sin negociación, donde no cabe la ambigüedad, les resulta imposible el diálogo con grupos moderados a los que también califican de «radicales» o laxos.

Quienes buscan posturas de acercamiento son acusados por ambos lados para evitar el diálogo.

Resumiendo en cuatro ideas: primero, cuando hablamos de *ideología de género* no queda claro a qué categoría nos referimos, pues si bien sexo, género, identidad personal y estereotipo de género se pueden entender en la teoría de forma independiente, lo cierto es que en la práctica interactúan entre ellas y con otras categorías sociológicas como raza, edad, geografía, economía o procedencia familiar, religión, etc., siendo sus fronteras

especialmente osmóticas y flexibles.

Segundo, la expresión *ideología de género* es un reduccionismo incompleto y confuso del concepto de *ideología*, pues la comprensión del género nunca se desarrolla independientemente de otras creencias, sino que forman parte del sistema narrativo al que pertenecen, donde va inserta su propia visión antropológica. Dado que la expresión *ideología de género* es más confusa que esclarecedora, sería más adecuado hacer uso de otras expresiones como «comprensión del género» o «creencias sobre el género» que faciliten entender el género dentro de un sistema de creencias específico. Por nuestra parte pasaremos a utilizar la expresión «comprensión del género» para facilitar su lectura.

En lugar de ideología es mejor hablar de sistema de creencias o cosmovisión.

Tercero, dada la ambigüedad semántica de la palabra *ideología*, sería más correcto hablar de sistema de creencias o cosmovisión que asumen las creencias conscientes y la mentalidad inconsciente desde la interacción con el entorno.

Cuarto y último, el modelo de pluralidad social deja al descubierto la cohabitación de sistemas de creencias en un mismo entorno social, lo que supone convivencia y conflicto a la vez. Cada grupo tiene su propio sistema de creencias y dentro de él, su propia comprensión de género. Algunos grupos defensores de la pre-modernidad adoptan una actitud «reconquistadora» y beligerante, pues se sienten «sitiados» por una pluralidad que creen que «conspira» contra su identidad. Ante esta

amenaza, el diálogo no es posible, la única opción es contrarrestar esa agresión con otra, luchando por la reconquista del espacio perdido.

Una posible categorización

El diálogo social sobre el género tiene dificultades pero también grandes oportunidades.

Una vez descritos los elementos que intervienen en la comprensión de género y en las interacciones entre sistemas de creencias, nos preguntamos cuáles son las comprensiones sobre el género más frecuentes que podemos encontrar en nuestro modelo social actual. Poseer un cierto conocimiento de las posturas que se dan sobre el género nos ayuda a comprender las dificultades y las oportunidades del diálogo social sobre este tema. La convivencia entre distintas formas de entender el género dentro de un sistema de creencias específico es inevitable, por lo que dependerá de la voluntad del grupo humano que la convivencia e interpelación sea amigable o se convierta en una situación de conflicto.

A riesgo de equivocarnos y con la intención de comprender estas interpelaciones, hemos querido clasificar —siendo conscientes que toda clasificación conlleva cierta dosis de falsedad— los distintos modelos de comprensión del género que, desde nuestra visión, están presentes tanto en el mundo académico, como en los entornos mediáticos y culturales. Con ello buscamos localizar dónde se sitúa los distintos grupos humanos en la erróneamente denominada «ideología de género».

Para realizar esta clasificación partimos de dos afirmaciones. Primero, todo grupo humano participa de un sistema de creencias. Segundo, dentro de cada sistema de creencias se desarrolla una comprensión de género específica.

Realizamos una categorización de distintas posturas.

En primer lugar, existe un **modelo de «identidad sexo-género»**. Se caracteriza por tres afirmaciones:

- Existe una diferencia de sexos natural (macho/hembra) e inevitable. Sexo y género es lo mismo, por lo tanto, el género no existe.
- La relación en la diferencia sexual se establece como desigual (hombre-superioridad-dominación frente mujer-inferioridad-sumisión).
- La mujer depende del hombre por su naturaleza subordinada.

El modelo identidad sexo-género piensa que las dos cosas son lo mismo.

Esta comprensión niega la intervención de las interacciones culturales en la construcción de la persona. Esto quiere decir que defienden que la persona adquiere su identidad desde que nace, determinada por su sexo, su genética y su biología. Comprende el mundo en binomios opuestos: hombre/mujer, masculino/femenino, hogar/trabajo, poder/sumisión, humanidad/naturaleza, etc que poseen una frontera muy clara. Así, una mujer es más sensible, porque genéticamente está preparada para ello y no porque se la haya educado para desarrollar una sensibilidad mayor. De la misma manera, un hombre tiene mejor disponibilidad para el gobierno y la toma de decisiones

porque genéticamente está preparado para ello y no porque desde pequeño se le haya educado en la autonomía personal. Se asignan, personalidades, conductas y funciones sociales de forma irreductible y sin posibilidad de cambio. Por ejemplo, se entenderá como natural, que, por su condición biológica reproductiva, el lugar correcto para la vida de las mujeres es el ámbito doméstico, obligando a todas las mujeres a ser madres y cuidadoras de hogar. Por lo contrario, los hombres dotados de una superioridad genética deben liderar al grupo social porque están fisiológicamente preparados para ello. Estos roles son totalmente restrictivos y no intercambiables. No cabe entonces la posibilidad que la persona tome parte en la construcción de sí misma, ni que haya individuos que opten por otro rol social que no es el establecido. La subjetividad de la persona se ve como una amenaza para el equilibrio del grupo/sociedad que hay que controlar. No se acepta la homosexualidad u otro tipo de variante sexual, entendidas como patologías o enfermedades. En algunas ocasiones se busca la corrección de la homosexualidad con terapias educativas y moralizantes como una forma de encauzar al sujeto en su rol biológico.

Para este modelo la construcción de la persona proviene de su sexo sin interacciones culturales y sociales.

Este modelo se apoya en un pensamiento patriarcal radical, dando continuidad al modelo patriarcal pre-moderno, construido sobre las relaciones de poder y sumisión, y que se impone con facilidad con ayuda del miedo, la amenaza y la violencia. Hace uso de los tabúes y victimiza a

las personas, especialmente a las más vulnerables, niños y niñas, mujeres, pobres y personas de otras razas, para que no desarrollen las capacidades de crítica, de empoderamiento y de autonomía y se mantengan en una posición de subordinación. Este modelo pone su empeño en favorecer un pensamiento convergente que homogenice a la población en favor del grupo. Aunque los procesos sociales del siglo XX sobre los derechos de las mujeres y otros colectivos, razas, etc., han suavizado este modelo —hay que recordar que hasta 1978 la legislación española afirmaba la inferioridad de las mujeres—, todavía podemos encontrarlo en grupos fundamentalistas políticos, sociales y religiosos a lo largo de todo el planeta. No son grupos mayoritarios, pero si son muy visibles mediáticamente por sus posturas beligerantes.

Este modelo defiende la subordinación natural de un sexo al otro.

Es más frecuente encontrar un segundo **modelo de «dependencia sexo-género»** que es una evolución suavizada del modelo anterior. En éste se afirma que:

- Existe una diferencia de sexos natural (macho/hembra) e inevitable. Sexo y género es lo mismo, por lo tanto, el género existe como prolongación social de las características biológicas del sexo.
- La relación en la diferencia sexual se establece como complementariedad (hombre-autoridad frente mujer-colaboración subordinada), y
- La mujer depende del hombre de forma subordinada y complementaria.

Este modelo rechaza la justificación genética para argumentar la inferioridad de las mujeres, pero si se reconoce una fuerte determinación de lo biológico que justifica la atribución de roles sociales y una dependencia natural femenina del hombre. Así, la categoría de género tiene una influencia leve sobre una genética poderosa. La complementariedad de los sexos articula las relaciones entre personas. Los grupos sociales que participan de esta comprensión justifican la diferencia social desde la diferencia sexual como un hecho incuestionable. Aceptan una cierta igualdad en cuestiones laborales y económicas entre hombres y mujeres, pero en lo que se refiere al sexo/género siguen asumiendo una comprensión de estereotipos pre-moderna hombre/mujer, masculino/femenino. Aceptan la pluralidad, pero consideran que otras creencias sobre el género son erróneas y bastante problemáticas para la convivencia social.

El modelo de dependencia sexo-género reconoce una fuerte determinación de lo biológico para construir los roles sociales.

Los posicionamientos del modelo dependencia sexo-género no cuestionan la dualidad del género. No matiza la diferencia entre realidades de género (transgénero, agénero, bigénero, etc.) y orientación sexual (homosexualidad, asexualidad, etc.) valorando todas las identitaria de igual manera como situaciones marginales y patológicas, aunque son más flexibles en la aceptación de todas ellas ante las cuales puede haber muchas reacciones, desde el rechazo absoluto hasta la tolerancia como excepción a la norma. Son grupos más numerosos en sociedad, menos beligerantes y

en cierta medida más dialogantes pues no se sienten amenazados socialmente. La diversidad de respuestas en estos grupos humanos nos muestra que en muchas ocasiones no se trata tanto de una comprensión definida de sexo-género, sino de una falta de criterios de comprensión de la cuestión de género o de una continuidad no crítica en el modelo tradicional patriarcal.

Es un grupo numeroso y dialogante con otras posturas.

A continuación, se desarrolla un **modelo de «interdependencia sexo-género».** Este tercer modelo se desmarca del pensamiento patriarcal de los dos anteriores promoviendo un diálogo entre categorías antropológicas. Defiende la interdependencia entre los distintos sexos, es decir:

- Existe una diferencia de sexos natural (macho/hembra/intersexual) y una categoría de género cultural.
- La relación en la diferencia sexual se establece desde la igualdad en la diferencia.
- Mujeres y hombres son autónomos e interdependientes.

Para este modelo, que abarca muchas sensibilidades y visiones (y que estamos simplificando), el sexo y el género se asumen con cierta flexibilidad, entendiendo que los cambios culturales traen consigo una serie de planteamientos novedosos sobre la vida humana que es necesario escuchar. En este sentido no se descarta la presencia de una diferencia sexual más compleja (homosexualidad, transexualidad, etc.) que no se ajusten al modelo dual tradicional (hombre/mujer), y se

El modelo de interdependencia sexo-género entiende que la diferencia física y el género dependen de la cultura y la sociedad.

toma en consideración esta nueva situación de manera prudente poniéndola en diálogo con otras posibles realidades del género (transgénero, agénero, bigénero, etc.). Se suele tener en cuenta las investigaciones científicas y los debates fundamentados. Se comprende a la persona como *ser en relación* desde el marco del encuentro y no desde la diferencia sexual por lo que se rompe con los roles tradicionales que se adjudicaban a hombres y mujeres apostando por la responsabilidad y presencia de todos en las esferas de lo público y lo privado. Se asume un feminismo moderado y dialogante, es decir, una igualdad de sexos y una igualdad de derechos y deberes personales y sociales, también en cuestiones de género y sexualidad. Son posturas que derivan de un cierto diálogo y asunción de los cambios culturales donde existe una mayor presencia de las mujeres en la vida pública y mayor presencia de los hombres en el ámbito doméstico. Entienden también una organización social y doméstica más flexible donde el espacio familiar no es un territorio femenino sino un proyecto y espacio compartido de hombre y mujer y la participación social más equitativa.

Considera la igualdad entre sexos y es dialogante con otras posturas.

Entienden el sexo biológico como una diferenciación primera ineludible, aunque mediada por un entorno social (género) que influye notoriamente en la identidad de la persona. Al entender a la persona como *ser en relación* lo asumen como *ser social.* Esto conlleva a una flexibilidad fronteriza entre sexo y género que les hace interdependientes e inseparables. El género está condi-

cionado por el sexo en algunos aspectos, pero puede ser modificado por la persona, el grupo social y la educación. El debate no se centra tanto en el sexo y el género, sino en los grados de influencia de uno sobre el otro. Tanto en la pregunta sobre la frontera entre sexo/género como en la investigación de los grados de influencia de uno en otro es donde encontramos una gran diversidad de matices e interpretaciones. Estos matices son de suma importancia para comprender y construir la identidad personal y poder elegir en libertad los roles y funciones del sujeto en sociedad. La interpretación de los matices hace que exista gran diversidad de grupos humanos en este modelo de interdependencia sexo-género. Su pluralidad es grande, aunque son poco mediáticos. Son grupos tolerantes y en circunstancias de diálogo social moderan y acercan posturas con grupos más extremos.

El sexo nos diferencia y el género se ve influido por este y por la sociedad y la cultura.

Un cuarto modelo da un paso más en la relación entre sexo y género. El **modelo de «independencia relativa sexo-género»** considera que:

- Existe una diferencia de sexos que queda condicionada por la construcción identitaria que desencadena el género.
- La diferencia sexual está atravesada por el género y éste determina la identidad. El sujeto se construye a sí mismo.
- Las categorías sexuales y las categorías de género quedan condicionadas a las decisiones personales.

Este modelo propone la absoluta autonomía entre seres humanos, porque considera que ninguna característica mórfica puede afectar a la configuración de la identidad personal. El género se construye por la interacción de la persona con el entorno en la primera y segunda socialización. El género se comprende no dual, aceptando otro tipo de situaciones (transgénero, agénero, bigénero, etc.) como parte de la diversidad sexual humana. En algunas ocasiones se puede dar incluso el caso de que el género «modele» la biología desde las interacciones y los roles sociales impuestos, pues se entiende que algunos sujetos han sido oprimidos por un género impuesto en el que no se reconocían. El foco del debate no está puesto en la relación entre sexo y género, sino en la identidad personal, dentro de la cual se desarrolla la identidad de género. Por tanto, habrá que buscar el empoderamiento del sujeto sometido que ha sido dominado por las culturas patriarcales. Se acepta la heterosexualidad y la homosexualidad como fenómenos naturales que obedecen al desarrollo biológico de la persona en sus primeros estadios. De igual manera que el anterior modelo, reivindican la igualdad e intercambio de roles sociales entre sujetos, sin atender a su sexo, sino a la identidad construida en el medio social. Son grupos más extendidos en generaciones jóvenes que asumen la pluralidad en las relaciones sexo-género con más facilidad. Son dialogantes si se dan condiciones de confort social.

El modelo de independencia relativa sexo-género piensa que las características físicas no afectan a la identidad personal.

Algunos posicionamientos de independencia relativa tienen un componente feminista, pues surgen de la conciencia colectiva de opresión a través del género impuesto. En algunos grupos donde la conciencia feminista está más desarrollada el debate se orienta a la liberación de las mujeres y los hombres de los estereotipos de género. Para ello se debe purificar el concepto de género y liberarlo de la dualidad femenino/masculino. Otros posicionamientos no parten de planteamientos feministas, sino de una radicalización de la individualización de la vida que favorece la voluntad personal por encima del encuentro con el otro. En el primer caso prima la conciencia de grupo, en el segundo la individualización de las opciones vitales.

Existe una gran variedad dentro de este posicionamiento.

Por último, podemos distinguir un último **modelo de «independencia absoluta sexo-género»**, esto es,

- Existe una diferencia de sexos que se determina desde la libertad del individuo.
- El sexo biológico no influye en la identidad. El sujeto se construye a sí mismo.
- No existe el género.

Aquellos grupos sociales, algunos feminismos minoritarios, y también algunos grupos de la corriente *queer*, que hacen suya con radicalidad la idea de que el cuerpo es moldeado por la cultura mediante el discurso más que por el factor genético (sexo). El sexo queda superado por el género y los discursos sociales y personales que

El modelo de independencia absoluta sexo-género afirma que el cuerpo no influye en la identidad.

configuran la subjetividad. Este modelo defiende las distintas realidades de diferencia sexual y las distintas realidades de género como opciones posibles y elegibles por ser humano. Incluso algunos grupos más radicales renuncian a la existencia del género como categoría y acuden a la subjetividad como herramienta de construcción de identidad personal. Se rompe la polaridad entre masculino y femenino, desde una interpretación radicalizada del concepto de «cuerpos subversivos» que acuña Judith Butler, y que entraña total libertad en la construcción personal que contiene en sí misma la identidad de género. Ello permite la migración de un género a otro o la total indiferenciación o descategorización de género en función de las decisiones de la persona. Por tanto, se rompe y desaparece la relación sexo-género. El debate se centra en la autodeterminación identitaria para definir subjetivamente a la persona.

En él el cuerpo queda dominado por una mente sujeta a la subjetividad del yo.

Curiosamente se vuelve a una dualidad neoplatónica en la que el cuerpo (lo biológico/sexual) queda dominado por la mente (lo consciente/género) al servicio de la subjetividad de las decisiones del yo. Desde ahí se puede transitar sin límite entre un género u otro, no sosteniéndose en la biología, sino en los sentimientos y comportamientos estereotipados de los géneros. En realidad, buscan borrar el género, pero se ayudan de él para establecer el principio de autodeterminación.

Como clasificación sabemos que es imprecisa y que las fronteras que establece entre unos grupos y otros son osmóticas, lo que quiere decir que necesitaría de un estudio más profundo con categorías más específicas que mejoraran la comprensión de las distintas posturas. De igual manera hemos hablado de colectivos o grupos humanos que hacen suyos estos modelos, pero cada persona abordará el problema de forma diferente, dependiendo de sus propias circunstancias. La categorización que hemos realizado tiene el objetivo de ayudarnos a situarnos a nosotros mismos y a otras personas y colectivos con los que convivimos. También nos ayuda a ser conscientes de la complejidad del tema y del riesgo que supone una simplificación del debate cuando algunos grupos políticos, sociales o religiosos usan la expresión «ideología de género» de forma peyorativa en el debate social.

Toda categorización es imprecisa pero nos ayuda a comprender la realidad.

Hemos podido observar que los posicionamientos frente al género no dependen de un posicionamiento político o de una confesión religiosa, tampoco de que se esté a favor o no del feminismo. Podemos encontrar situaciones diversas, por ejemplo:

Los posicionamientos frente al género no dependen de la política o la religión.

- El feminismo de la diferencia que parte del reconocimiento de la diferencia sexual entre hombres y mujeres y desde ahí propone generar identidades diferenciadas y no miscibles que acerca más a posiciones del modelo «dependencia sexo-género» que

considera que la sexualidad determina la personalidad y los roles de hombres y mujeres en sociedad.

- El pensamiento queer más radical defiende la autodeterminación de la identidad del modelo «independencia absoluta sexo-género» frente a otros grupos feministas que se sitúan en el modelo «interdependencia sexo-género» pues parten de una conciencia de igualdad entre seres humanos.
- El *feminismo de la igualdad* histórico y laico se acerca en sus planteamientos a algunos grupos de iglesia católica posicionados en el modelo «interdependencia sexo-género» en contra del «borrado de género» del modelo «independencia absoluta sexo-género».
- O determinados grupos políticos de extrema derecha defienden públicamente la existencia del género en la línea del feminismo histórico laico, tradicionalmente de izquierdas, en contra de la *autodeterminación* del modelo «independencia absoluta sexo-género».

Existen distintos planteamientos frente al género que pertenecen a diferentes posturas políticas y religiosas.

Estos ejemplos muestran la delicada complejidad del diálogo social. ¿Qué sucede cuando estos modelos entran en conflicto en un mundo plural, o, como hemos visto, convergen en unos aspectos y en otros no? En la conflictividad, los modelos más radicales («identidad sexo-género» e «independencia absoluta sexo-género») se acusan unos

a otros de movimientos fundamentalistas. Absolutizan lo diferente, lo mitifican y demonizan, eliminando los matices de cada modelo e igualando unos modelos a otros. En esta generalización, engloban también a los sistemas de creencias moderados o dialogantes que pretenden lugares de encuentro.

Además, los modelos «identidad sexo-género» y «dependencia sexo-género» acusan a los feminismos en general (tanto a los radicales como a los moderados), de querer imponer una «ideología de género», radicalizando su afirmación de que los factores sociales de la construcción de la persona (identidad) no existen. El objetivo es mostrarlos como una amenaza social. Y de la misma manera, los feminismos radicales acusan a la institución política y a la institución religiosa en general (cristiana, musulmana, etc., sin diferenciar entre lo que depende de la estructura y lo que depende de la cultura que la sustenta), de querer someter con violencia a los individuos, especialmente a las mujeres y a colectivos minoritarios. De nuevo no existen lugares intermedios. Aquellos que asumen modelos más hermenéuticas pierden el espacio de diálogo, y sufren el ataque y la crispación de los modelos más extremos que monopolizan el debate social.

Quienes asumen posturas dialogantes son atacados por los modelos extremos que monopolizan el debate.

Es interesante destacar que los modelos «identidad sexo-género» e «independencia absoluta sexo-género» confluyen en una misma afirmación: el género no existe. Sin embargo, esta

afirmación los lleva a dos resultados diferentes. El primero la total determinación del sexo en la identidad de la persona sustentada a través de la presión social. El segundo, la total subjetividad de la persona escindida de la identidad social. Este fenómeno nos hace pensar que quizá la problemática sobre el género está enraizada en el sistema de creencias y la relación de los individuos en determinado entorno social y no tanto en la noción de género.

Los extremos de identidad e independencia sexo-género confluyen en decir que el género no existe.

4. Debates abiertos e implicaciones cotidianas

Los debates sobre la cuestión de género ponen sobre la mesa una serie de interrogantes que afectan a nuestra mirada personal y social. La mirada de este texto pretende situarse en el diálogo social, y para ello adoptaremos una actitud hermenéutica a partir de las siguientes afirmaciones:

- La categoría de género existe y es una categoría tan imprescindible como otras (sexo, raza/etnia, geografía, economía…) para comprender el mundo. Igual que no podemos prescindir de la categoría de la economía afirmando, por ejemplo, que la pobreza no existe («se es pobre porque se quiere, porque es su destino natural o porque se lo ha buscado, etc.»), tampoco podemos prescindir de la categoría de género pues, ser hombre o mujer no es indiferente en este mundo.

La categoría género es necesaria para poder establecer diálogo entre posturas diferentes.

- La teoría del género sirve para estudiar el alcance de la relación entre lo biológico y lo social en la identidad humana primero en el debate académico y después en la transferencia al debate social. No podemos prescindir de los análisis que se derivan de su valoración, pues nos hacen más conscientes de la importancia del condicionamiento cultural en la persona. Si eliminamos la categoría de género en el estudio del ser

humano dificultamos la reflexión sobre nosotros y nosotras mismas.

- Los modelos presentados anteriormente sobre la comprensión de género no son compartimentos estancos, es decir, tienen capacidad de variaciones y matices, así como distintos niveles de comprensión o intercambios entre ellos. En la medida que seamos capaces de generar diálogo y ser capaces de entender al otro en sus sensibilidades y matices, estamos ayudando a que una mayoría moderada tome las riendas del debate social sobre la cuestión del género.

Precisamos que la mayoría dialogante y moderada tome las riendas de este debate.

A partir de estas premisas vamos a mencionar algunos de los debates que se abren en el diálogo social actual.

El debate antropológico, de Buber a Butler

El primer debate y más importante que va a marcar nuestros pasos a lo largo de esta época es la discusión sobre lo antropológico. Lo que estamos debatiendo es si la experiencia cultural patriarcal se puede abrir al diálogo con nuevas intuiciones humanas sobre la identidad. Ante la herencia de una interpretación antropológica fuertemente binaria y dual, nos encontramos con la necesidad de reformular las categorías sobre las que se fundamenta la identidad personal y la identidad social.

La identidad personal no es un objeto que se pueda acotar y fijar para poder analizarlo aisladamente por lo que flexibilizar los estereotipos

sociales facilita el reconocimiento y la integración de muchas personas en sociedad. Descubrimos que, en la complejidad de las relaciones humanas que ya apuntaban filósofos como Martin Buber o Emmanuel Mounier, nos encontramos con una fuerte influencia de los roles de género que toman parte en el juego de esas relaciones. Somos seres en proceso, siempre en relación, siempre en cambio. Entender a la persona como *ser-en-proceso* es algo propio de este tiempo. Esta performatividad a la que apuntaba Judith Butler, debe ser tenida en cuenta para acoger la diversidad como una forma propia de la naturaleza del ser humano. Esto no quiere decir que todos debamos optar por un nomadismo identitario, sino que nuestro ser relacional está siempre afectado por el desarrollo de la historia. Por otro lado, la identidad social se expresa en vínculos de similitud o desemejanza con otros. En sociedades plurales la similitud y la desemejanza conviven no siempre en armonía, por lo que es fundamental el diálogo respetuoso de las diferencias y el desarrollo de estrategias que nos permitan convivir en esa diferencia que inevitablemente ha venido a quedarse.

Precisamos entender a la persona como un ser en proceso.

Repensar lo antropológico supone no solo repensar el sexo y el género, sino también la concepción que uno tiene de sí mismo y el modo cómo eso condiciona la participación en la vida de otras gentes: el amor, la amistad, la responsabilidad laboral, los derechos y obligaciones, el reconocimiento, la acogida, etc. No es fácil abordar la condición humana, pues una parte importante de

Repensarse a uno mismo condiciona nuestra relación con los demás.

lo antropológico se mueve en las creencias inconscientes que todos tenemos. Las raíces profundas de la identidad y sus vínculos con el género hacen que las diferencias sobre el género se conviertan muchas veces en debates viscerales. La aceptación o rechazo del género se entiende muchas veces como un posicionamiento ante el encuentro con el otro diferente a mí y no tanto como una categoría útil de análisis. La visceralidad de estos debates en torno a la identidad camuflada por el género permea en otros debates que veremos a continuación.

La estructura familiar

Algunos critican que la categoría de género deteriora la institución familiar.

Uno de los argumentos que se utilizan para fundamentar la crítica al género es las "graves consecuencias" de la flexibilización de la noción de género en la estructura de la familia. El sistema de creencias patriarcal afianza su estructura jerárquica en la diferenciación entre espacio público y esfera doméstica. Con esta dualidad, organiza los modelos de conducta y normativiza los patrones de ser y de estar de los géneros masculino/femenino. La familia es un potente generador de orden moral idealizado, como un microcosmos de la sociedad. Este orden moral impone un rígido modelo de familia tradicional donde el padre es autoridad, la madre es aquella que cuida y canaliza la autoridad y los hijos, los que obedecen. La argumentación en contra del género defiende que se ha producido una descompensación familiar porque las mujeres han abandonado su rol feme-

nino al querer usurpar el papel de los varones y esto está destruyendo la institución de la familia. De esta manera se culpabiliza a las críticas con perspectiva de género de desequilibrar los pilares sociales. La solución al desequilibrio es que las mujeres vuelvan a su papel de cuidadoras y se fortalezca de nuevo el modelo patriarcal.

Sin embargo, hay que hacer notar que la familia como institución (estructura nuclear social) no ha desaparecido. Al contrario de las afirmaciones de grupos más fundamentalistas, la familia sigue teniendo el primer puesto en las estadísticas como referencia y confianza de las personas. Las parejas homosexuales quieren vivir en familia y se multiplican otros modelos (monoparentales, monomarentales, reconstituidas, etc.) que se reconocen como núcleo familiar. Debemos puntualizar que la estructura familiar no está en crisis, sino que, si antes se expresaba en un único modelo familiar, el patriarcal, ahora se expresa en múltiples modelos más flexibles y diversos. Las propuestas feministas que proponen una estructura social no patriarcal no apuestan por la destrucción de la institución de la familia como estructura, sino por la diversidad de modelos familiares como base social para la inclusión y reconocimiento de las personas.

La institución familiar no está en crisis, sino que ha tomado diferentes expresiones más flexibles y diversas.

En el debate social, en muchos casos crispado, se comete frecuentemente el error de confundir la institución con la forma de expresión (modelo) de la institución. Además, dependiendo del sistema de creencias del individuo se pone el acento más

o menos intenso en las jerarquías familiares y no tanto en la organicidad (cuidado, acogida, autoridad moral y acompañamiento) de las relaciones familiares.

La brecha intergeneracional

Otra problemática que se puede observar en el debate sobre el género en la brecha generacional entre las generaciones nacidas en el siglo XX que se han educado en un modelo social patriarcal y dual y la generación joven —nacidos a partir del 2000— que acepta con cierta naturalidad la flexibilidad en las identidades personales. Las generaciones anteriores, y todavía más, la que nació en la primera mitad del siglo XX se encuentran en estado de perplejidad ante un modelo de ser persona que se distancia de los estereotipos acotados y rígidos de la sociedad patriarcal. Su perplejidad les dificulta un diálogo con la generación joven, por varias razones. La primera razón es la diferencia generacional en el abordaje antropológico. La concepción de la vida desde una cultura patriarcal especialmente rígida y excluyente choca con la flexibilidad y fluidez vital de la generación joven. Las generaciones de adultos y mayores han encontrado su identidad no tanto en sus rasgos y elecciones personales sino en los estereotipos que la cultura les ofrecía como marco para su sentido de vida. La generación joven, más libre en sus elecciones, da protagonismo a su subjetividad y a opciones existenciales no per-

Existe un choque entre los mayores y las generaciones más jóvenes.

manentes que fluyen con los cambios en un cierto nomadismo de sentido. Entre una rigidez impuesta, y una desestructuración del sentido de la vida, ambas generaciones pueden optar por vivir enfrentadas o por aliarse para construirse juntas y de esta forma consolidar identidades sólidas en sus motivaciones, pero flexibles en su forma de adaptarse a los cambios existenciales.

La segunda razón tiene que ver con la comunicación entre generaciones. No podemos negar que la transformación cultural ha modificado también la forma de utilizar el lenguaje. Las generaciones adultas manifiestan como dificultades aquellos elementos relativos a las expectativas vitales: qué sienten, cómo viven, qué piden, cómo ven el futuro. Esto aleja los intereses de una y otra generación y obstaculiza un lenguaje común que permita cierto diálogo. En relación al género, la generación joven asume la flexibilidad de identidades desde un subjetivismo predominante, mientras que el peso social de las generaciones anteriores les dificulta comprender muchas de las decisiones que toman los jóvenes.

La única forma de abordar esta situación es esforzarnos en generar una comunicación menos enjuiciante y más respetuosa. No siempre la comunicación debe desembocar en consensos, sino que en muchas ocasiones las convergencias vienen derivadas del respeto en la diferencia y de unos mínimos que nos permiten comprendernos, aunque sea desde la diferencia.

Debemos generar una mejor comunicación intergeneracional.

Transgenerismo, la confusión entre feminismo y género

Los debates sobre género nos han llevado a situaciones novedosas en los últimos tiempos. El fenómeno del transgénero es una de ellas, que se ha visibilizado en la opinión pública a raíz del proyecto de la *ley Trans*. El transgenerismo, como ya hemos comentado antes, es una situación de disforia de género, es decir, de percepción de incongruencia entre sexo biológico, sexo asignado e identidad de género. Han sido hasta ahora casos aislados que conllevaban una problemática psicomédica e identitaria. Es importante que estos casos se visibilicen sin ser castigados socialmente, sino integrados en la diversidad humana. Necesitan también una legislación que los proteja y los acompañe en procesos, a veces, muy dolorosos.

El transgenerismo conllevaba hasta ahora una problemática psicomédica e identitaria.

Esta problemática específica deja ver un problema mayor relacionado de nuevo con la identidad personal. En un ambiente plural y fuertemente individualizado, la identidad personal se puede entender territorio subjetivo de elección. La idea de lo *trans* se está vinculando en algunos ambientes con una propuesta de sentido de vida nómada. Esto quiere decir, desde una mentalidad consumista, que todo se puede comprar y cambiar por decisión propia, incluido el cuerpo biológico. El disgusto con el propio cuerpo y el vagabundeo identitario que todos vivimos en el periodo de la adolescencia no se puede confundir con una

problemática más profunda de no reconocimiento (disforia) de uno mismo en su propio cuerpo. En la medida que nos rechazamos a nosotros mismos rechazamos nuestra vida y el don regalado gratuitamente. De igual manera rechazamos la importancia del otro en la construcción de mi propio yo y nuestra dimensión social. Equilibrar estos dos elementos ayuda a construir lazos entre cuerpo y percepción identitaria y a aceptar que no todo en nosotros y nosotras depende de las propias decisiones, tampoco de comprar un cuerpo diferente (y esto no afecta solo a lo trans, sino por ejemplo a la cirugía estética que crece exponencialmente), sino de una historia compartida donde nos aceptamos como somos, desde la rareza de nuestro ser.

En ocasiones se entiende lo "trans" desde una mentalidad consumista en la que todo se puede comprar o cambiar.

De igual modo, la idea de consumo de cuerpos incide especialmente en los más vulnerables. Si hace unas décadas, el fenómeno del transgenerismo estaba protagonizado por varones adultos, hoy las estadísticas nos dicen que hay una tendencia de cinco mujeres adolescentes o jóvenes que quieren hacer la transición a varón, frente a un varón adolescente o joven que quiere hacer la transición a mujer. Este dato nos hace intuir que las más vulnerables socialmente, las niñas y jóvenes, que ya sufrían todo tipo de trastornos (de alimentación o TCA, depresión, rechazo social, etc.) por no ajustarse a los estereotipos de género, ahora pueden ver en el transgenerismo otra vía de escape ante la necesidad de encontrar una identidad aceptable frente al rechazo social.

La visión consumista de lo "trans" puede acabar afectando a los colectivos más vulnerables.

Esto afecta a una de las luchas clásicas del feminismo, la reivindicación de ser mujer en libertad.

Es importante señalar que no debemos confundir feminismo con transgenerismo. Las reivindicaciones del feminismo tienen que ver con la búsqueda de igualdad en la vida cultural y social. Evidentemente afectan al colectivo que sufre discriminación por su disforia de género, pero eso no significa que se abrace la idea de que se puede adoptar una identidad cambiante o autodeterminada sin tener en cuenta la categoría de género. Este es un debate interno entre los muchos grupos y corrientes feministas que existen en la actualidad.

El feminismo no es transgenerismo, sino la lucha por valores de igualdad universales.

Más allá de las necesidades de grupos específicos de población, el feminismo trabaja por valores de igualdad universales. La categoría de género, a la vez que la de sexo, es un instrumento que nos permite medir las desigualdades. Si borramos el género, borramos también todos los derechos que han conquistado social y legislativamente las mujeres a lo largo de cien años. Borramos a las mujeres. Esto quiere decir que si desaparece el género en algunas de las leyes que han entrado en el Congreso en los últimos veinte años (Ley de protección a la Infancia, Ley de Libertad sexual, Ley de Igualdad de Trato, Ley LGTBI, Ley de Delitos de odio, etc.) o se sustituye el sexo por la identidad de género (importante el matiz, pues se da por supuesto que se puede elegir la identidad de género), estamos desprotegiendo de nuevo

a las mujeres. Por ejemplo, dejaría de existir la Ley de Violencia de Género, pues un hombre podría declararse mujer y no se le podría aplicar las penas recogidas sobre el maltrato o la agresión sexual y, en caso de aplicarlas, podría cumplir su condena en una cárcel de mujeres. No podríamos analizar ni hablar de paridad y la discriminación laboral de las mujeres aumentaría drásticamente. El tomar partido por la categoría de género no supone una nueva dictadura dual de estereotipos (masculino/femenino), sino que su presencia y su flexibilidad favorece un análisis más matizado y enriquecedor que recogería casos particulares (como lo trans) con más frecuencia y precisión.

Del debate político sobre el género a la guerra cultural.

El género se ha convertido en un alma política de guerra cultural.

El tema de la identidad personal es tan importante para nuestras sociedades que hemos convertido el género en un arma política despojándolo, en determinados ambientes, de su categoría científica de análisis. El género se ha incorporado a lo que los especialistas llaman en política la *guerra cultural*. La *guerra cultural* se puede definir como el conflicto ideológico explícito y polarizado entre grupos sociales y políticos y la lucha por el dominio de sus valores, creencias y prácticas. Dentro de este conflicto entran en juego variadas batallas culturales donde se subrayan los desacuerdos sociales por una polarización de los valores y éticas de distintos grupos. Lo que

hay en juego es la relación entre los sistemas de valores y las legislaciones de los estados. Temas controvertidos como el aborto, homosexualidad, pornografía, el multiculturalismo, etc. se entienden por algunos como inmorales y se defiende su prohibición legal, mientras que son considerados por otros como un progreso de las libertades, apoyando su legislación de forma más abierta.

Las batallas culturales se debaten en dos grandes marcos: la «cultura de la muerte» y la «ideología de género», que se complementan pues buscan limitar los efectos del feminismo y el activismo social multi e intercultural de los años noventa. Quien articula muchas veces estos marcos es la noción de género. La «cultura de la muerte» se opone a las llamadas políticas y legislaciones «antinaturales» (aborto, eutanasia, control de la natalidad, etc.) y propone una «renaturalización» del derecho en contra de los derechos sexuales y reproductivos. La «ideología de género» apoya una defensa de la naturaleza humana dual y la diferencia cultural, rechazando la subjetivación, y el mestizaje humano y cultural. Como podemos ver todos estos temas candentes afectan a las mujeres y a su autonomía personal y social. La guerra cultural va en contra de las mujeres, es la forma que tiene el patriarcado más radical de responder a las demandas de los grupos minoritarios, esto es, volver a la dualidad de género hombre/no-hombre. Y en esa dualidad, las mujeres desaparecen.

Los partidos políticos se mueven a través de una «politización reactiva» que ha supuesto un cambio en la gramática de sus discursos y activismos, una narrativa muy diferente a las oposiciones tradicionales entre lo religioso y lo secular, más propio del siglo XX. Se aprovechan de los mecanismos democráticos y parlamentarios para provocar ruido social y adhesiones más viscerales que meditadas entre los votantes. El uso del género y de la identidad de género para estos fines carece de rigorismo y claridad lingüística y algunos grupos feministas denuncian que atenta a la «seguridad jurídica» que exige la Constitución española en el artículo 9.3. Así, el término género se confunde con el sexo, y con la identidad de género en los discursos políticos y en los textos legislativos que defienden o rechazan los distintos bandos. Debemos exigir a los políticos que sean rigurosos a la hora de utilizar la categoría de género y sus implicaciones en el sexo, en la identidad de género y la identidad personal, pues de ello depende una legislación democrática, cívica y respetuosa con la diferencia, sin que esto suponga la merma de los derechos de las mujeres.

Los particos políticos son reactivos y con frecuencia se alinean con las posturas más extremas como estrategia política.

5. Conclusiones: Algunas claves cotidianas para afrontar el debate del género

Ante las tensiones y conflictividad que provoca la cuestión del género en nuestro mundo de hoy, es importante situarnos en un espacio hermenéutico de diálogo y de reciprocidad donde se tenga en cuenta la especificidad de cada uno y cada una. Quizá el lector o lectora se siente desbordada por la complejidad del problema del género. Su complejidad no tiene porqué generar en nosotros un bloqueo, sino que sería deseable que se aproveche esta complejidad para desarrollar estrategias y argumentos para el diálogo social. Vamos a sugerir algunas estrategias para la vida cotidiana que pueden ayudarnos a enfrentar los diálogos y las prácticas cotidianas que podemos encontrarnos diariamente.

Debemos situarnos en un espacio de diálogo y no de confrontación.

Por encima de todo la persona

Sexo y género son dos variables inevitables y fundamentales para comprender a la persona, igual que otras variables como la economía, la geografía, la lengua o la raza/etnia. La variable de género afecta en igual medida que las otras variables en cualquier persona y en cualquier institución humana. Ello nos obliga a un diálogo consciente y esforzado, en busca de un entendimiento que nos lleve siempre a empoderar a la persona. Cuando una variable deja de mostrarse como

Género y sexo son categorías que deberían ayudarnos a acompañar a las personas.

dialógica y se absolutiza ("las mujeres son…", "los hombres son…", "los pobres son…", "los indígenas son…") debemos sospechar rápidamente de ella. Por encima de nuestros juicios parciales está la persona concreta que se presenta delante de nosotros. Realizar el esfuerzo de conocer su historia, su memoria, su entorno familiar y social y su personalidad favorece nuestra empatía hacia ella y reduce los prejuicios que pueden herir su sensibilidad y su vida. Más allá de las afirmaciones absolutas sobre el género, lo que tenemos delante siempre es una persona peculiar, única y digna de ser atendida y cuidada. Su dignidad está por encima de cualquier afirmación. Las personas que viven cierto malestar sobre su identidad de género y las personas que manifiestan rechazo por la identidad de género de otros u otras, muestran una sensibilidad que quizá debamos atender. Tener como objetivo cotidiano el cuidar y empoderar a las personas que están a nuestro alrededor permite ver la cuestión del género como una oportunidad más de colaborar en la dignidad de los otros.

Somos un *todo* orgánico

El ser humano no es un organismo simple. No solo tiene la complejidad biológica de los mamíferos, sino que nuestra capacidad de hacernos cargo de la realidad nos hace todavía más complejos e interdependientes del medio natural y social en el que vivimos. El género participa de esta complejidad que está siempre en

interrelación. Por eso podemos afirmar que somos un todo orgánico que está siempre en continua transformación. Durante siglos hemos querido revalorizar el cuerpo como espacio de vida frente a la razón y romper la dualidad hombre/razón y mujer/cuerpo. Esta dualidad creaba una sociedad desigual e injusta a través del género. Hoy nos encontramos con otro gran peligro que es de nuevo dividir a la persona entre cuerpo biológico/sexo y conciencia racional/identidad de género. La capacidad de consciencia y decisión no nos define solamente. Muchos factores entran en juego en nuestra vida que no podemos controlar y a veces tampoco cambiar, lo que no quita que los acojamos y seamos capaces de transformar algunos elementos orientándolos hacia un mejor vivir personal y comunitario. Somos interdependientes, en continua relación e interacción y nuestro cuerpo participa de esta dinámica del mundo. La subjetividad no surge solo de mi consciencia, sino que fluye también de mi biología y de las interacciones materiales y sociales que realizamos. Entendernos como un todo orgánico nos recuerda que nuestra vida no está encerrada en un cuerpo sobre el que decidir desde la voluntad, sino que ésta se prolonga desde el cuerpo hacia la realidad sin la que no podría ser ni existir. Esta comprensión destierra la idea de consumo de cuerpos que tanto daño nos hace, especialmente a las mujeres (transiciones de género, cirugía, pornografía, prostitución, etc.).

Somos un todo orgánico con un cuerpo que nos es dado y unas relaciones que conformamos nosotros en comunidad.

Somos nuestro cuerpo, este nos permite relacionarnos con la realidad, no es algo ajeno a nosotros.

Somos familia

Aprender a vivir en lo que nos viene dado y no querer dominarlo o cambiarlo nos hace más libres y felices.

La familia y sus modos de expresarse puede ser un elemento de dominación y violencia contra las mujeres. Incluso una herramienta de exclusión y desprecio de lo diferente. Pero también puede ser una estrategia para aprender a vivir en armonía con el propio ser y con los otros diferentes a mí. En la familia, como primera referencia social, nos jugamos la posibilidad de crear modelos incluyentes que establezcan relaciones de equidad y aceptación de la vida regalada. Aprender a vivir en un entorno no elegido, cultivar valores de cuidado, autonomía y libertad en relación con otros, favorece la aceptación de la diferencia de uno mismo y la diferencia de los demás. La familia puede ser lugar de desarrollo de potencialidades y capacidades, no poniendo el centro en los vínculos de sangre opresivos o en las estructuras rígidas discriminatorias, sino centrándose en las relaciones de cuidado y empoderamiento. Dada la pluralidad de nuestro siglo, necesariamente los modelos familiares serán diversos, y eso puede reforzar la idea de que el objetivo de la institución familiar no es la homogeneidad estructural sino la multiplicación de formas de acogida y cuidado de las personas para ayudarlas a crecer en su humanidad.

Somos en comunidad y en comunidad plural

Los debates sobre el género y la identidad de género muestran otra preocupación de nuestro

tiempo. La tensión entre la individualidad y sociedad. Nuestra identidad personal no se construye sola, a golpe de decisiones individuales. Muchas situaciones no son controlables por la persona, pues nos vienen dadas y es la sociedad la que nos ayuda a afrontarlas y transformarlas en un mejor vivir. También sucede lo contrario, que determinadas situaciones sociales nos presionan para que asumamos estereotipos y comportamientos. Ni somos solo subjetividad ni estamos sometidos totalmente al corpus social. Somos sujetos en comunidad, siempre en relación. No vivimos solos, nos necesitamos. Somos como somos porque otros han influido en nuestras vidas. Nuestras frustraciones, nuestras incomodidades con nuestro sexo, con nuestra identidad de género o con nuestra identidad personal es acompañada con y por otros. En la medida que nos abrimos a los demás y los demás se abren a nosotros, podemos hablar mejor y con más precisión de la incomodidad identitaria que podamos estar viviendo. Debemos reducir los temas tabús relacionados con el género y la identidad de género. En muchas ocasiones nos da miedo hablar de ello para evitar enfrentarnos a otras opiniones. Entender que la identidad de género y personal es un problema que nos atañe a todos es el primer paso para acoger y acompañar a todas esas situaciones donde se produce dolor al no aceptarse a uno o una misma.

Somos sujetos en relación, en comunidad y somos porque nos vemos influidos por los otros.

Precisamos una educación adecuada para nuestra infancia y juventud.

En la educación se debate parte del problema

Es necesario, por último, una educación adecuada para que la infancia y juventud reconozca la complejidad de buscar y encontrar la propia identidad y sea capaz de hacer estas búsquedas en comunidad. La escuela (y la universidad en última instancia) está viendo la necesidad de replantear muchos de sus axiomas en cuanto al aprendizaje y la producción de conocimiento. Algunas investigaciones universitarias (*Agència per a la Qualitat del Sistema Universitari de Catalunya*, 2018) sobre la cuestión de género arrojan el dato contradictorio de que, si bien la población considera en un 86% que la perspectiva de género es de gran ayuda para la convivencia social, también afirma en un 80% que no se debe educar en perspectiva de género. Esta contradicción nos muestra la desinformación sobre el género que tenemos y el miedo a hablar de ello. Educar en la perspectiva de género no es adoctrinar como dicen algunos. Reconocer que ser hombre o mujer no es algo anecdótico en nuestro mundo es dotar de herramientas de análisis crítico a nuestros alumnos y alumnas para que su búsqueda de identidad no quede en manos de multinacionales y populismos o fundamentalismos. Tener herramientas para *sentipensar*, es decir, relacionar lo que razono y lo que vivo en un contexto comunitario de aprendizaje es el mejor legado que podemos dejarles a nuestros hijos e hijas. En la cuestión del género los adultos, docentes y familias, debemos apren-

der a la vez con ellos y ellas y aceptar que nuestra conciencia crítica sobre este tema también está en construcción. Con ello desarrollamos una sensibilidad conjunta hacia los más estigmatizados, maltratados e ignorados. De esta manera incorporamos en la escuela el aprendizaje de la misericordia y nos coeducamos para construir una mirada más inclusiva con el diferente y menos consumista de otros cuerpos. Rompemos además los prejuicios y estereotipos sexistas propios de la cultura patriarcal. La clave del género es determinante para que el empoderamiento, la promoción y la liberación personal trabajen en cooperación y corresponsabilidad con otros por un mundo más humano.

Educar es formar en una mirada inclusiva con el diferente y menos consumista de otros cuerpos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Beltrán, Elena, Silvina Álvarez y Cristina Sánchez y Virginia Maquieira, eds., *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *La construcción social de la realidad*. Madrid: H.F. Martínez de Murguía, 1986.

Bolancé, J. y Laín, C., comps., *Violencia, género y coeducación*. Córdoba: Ayuntamiento de Córdoba, 2002.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

Bueno Teomiro, *Fernando, Género, sexo e identidad. Menores transidos por la vulnerabilidad*. Madrid: San Pablo-Universidad Pontificia de Comillas, 2021.

Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

Butler, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós Iberica, 2007.

Ekis Ekman, Kajsa. *Sobre la existencia del sexo. Reflexiones sobre la nueva perspectiva de género*, Madrid: Cátedra 2021.

Errasti, José y Pérez Álvarez, Marino. *Nadie nace en un cuerpo equivocado*. Bilbao: Deusto, 2022.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México, D. F.: Siglo XXI, 2007.

Fumarelli, Aristide. *La cuestión de gende*r. Estella: Sal Terrae, 2014.

Gil, Silvia L. *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2011.

González de Chávez, María Asunción. *Feminidad y masculinidad. Subjetividad y orden simbólico*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.

López, Silvia. *Cuerpos que importan en Judith Butler*. Madrid: Dos bigotes, 2019.

Muraro, Rose y Boff, Leonardo. *Femenino y masculino*. Madrid: Trotta, 2004.

Silvia Martínez Cano

Doctora en Educación por la Universidad Complutense de Madrid, Licenciada en Teología Fundamental por la Universidad de Deusto y Máster en Artes visuales y Educación por la Universidad de Barcelona.
Es artista multidisciplinar desde perspectiva feminista y religiosa, www.silviamartinezcano.es.
Es profesora de Teoría de la Educación y de Arte en la Universidad Complutense de Madrid, y profesora de distintas materias de Teología Fundamental y Pastoral en el Instituto Superior de Pastoral y el Instituto San Pío X, ambos de la Universidad Pontificia de Salamanca. Sus áreas de investigación son interdisciplinares, siendo éstas Teología trinitaria, Estética teológica, Estudios visuales y culturales, Arte y género, Arte y Educación, Eclesiología y Antropología teológica. Dos publicaciones relacionadas con el tema son: Martínez Cano, S., "La amistad en la diferencia. La mediación en el diálogo social", en Luciani, R. y Portillo D. (eds.), Fraternidad 2.0. Reflexión en torno a la encíclica Fratelli Tutti, Madrid, Khaf 2021, pp. 21-42; "Claves teológicas para la construcción de un imaginario a favor del reconocimiento del otro, en Journal of the European Society of Women in Theological Research nº 28 (2020), pp. 65-84.

Otros números de Cuadernos de ética en clave cotidiana:

Nº19: Una mirada a la pandemia desde Cáritas. Rafael Allepuz Capdevila y Jesús Pérez Mayo

Nº18: Ética en atención primaria. Nazaret Maldonado del Arco.

Nº17: Cuidados paliativos. Jacinto Bátiz Cantera.

Nº16: Ética social para niñas y niños. Guía práctica para padres y educadores. César García-Rincón de Castro.

Nº15: Los confinados. Manual de resistencia (para salir fortalecidos tras el covid-19). F.J. de la Torre Díaz

Nº14: Vivir (des)conectado. Aspectos éticos del uso (y abuso) de los dispositivos móviles. Isidro Catela Marcos

Nº 13: Acompañar en la fase final de la vida. Natividad Jiménez Sánchez, Nazaret Maldonado del Arco y María Dolores Nieto Martín.

Nº 12: Ética y Derechos Humanos. Gisela Giner Rommel.

Nº 11: Paseos para hacer en compañía. José Luis Pareja Rivas.

Nº 10: Internet y las redes sociales, aspectos éticos. Margarita Martín Martín.

Nº 9: Ética y vida: La bioética. Rafael Junquera Estefani y Ana Mª Marcos del Cano.

Nº 8: Los agentes de la Cooperación Internacional al Desarrollo. Una mirada ética. Patricia Rodríguez González.

Nº 7: Videojuegos, gamificación y reflexiones éticas. Margarita Martín Martín y Luis Fernando Vílchez Martín.

Nº 6: Función Social de la empresa: Una propuesta de evaluación ética. Elisa Marco Crespo y Enrique Lluch Frechina.

Nº 5: Ética del Cuidado y Mayores. Los cuidados a las personas mayores desde un horizonte ético y en la búsqueda de la calidad de vida. Rosario Paniagua Fdez..

Nº 4: Introducción a la Ética Familiar. Victor Chacón, CSsR.

Nº 3: Interpelación ética de las mujeres que ejercen la prostitución. Mª Luisa del Pozo.

Nº 2: Ética y Escuela. Juan José Medina Rodríguez y Mª Isabel Rodríguez Peralta.

Nº 1: Bases éticas para la mejora de nuestra organización económica y política. Enrique Lluch Frechina y Rafael S. Hernández.

Nº 0: El Don que transforma, una mirada moral desde el carisma redentorista. Carlos Sánchez de la Cruz.

Puedes descargarlos en la página web: http://funderetica.org/cuadernos/

Puedes comprarlos en la página web: https://pseditorial.com/

éti

cuadernos de

ética

en clave cotidiana

Perpetuo Socorro
Centro Residencial para Personas Mayores

Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

C/ Félix Boix, 13 28036 Madrid
fundraising@funderetica.org
www.funderetica.org